

IMPLICACIONES SUBJETIVAS DE LOS PASAJES AL ACTO EN ADOLESCENTES

CRUZ ELENA GÓMEZ GIRALDO

ASESOR:

JULIO HOYOS

PSICOANÁLISTA Y DOCENTE UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

MAESTRIA EN INVESTIGACIÓN PSICOANALITICA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANALISIS

MEDELLIN

2015

IMPLICACIONES SUBJETIVAS DE LOS PASAJES AL ACTO EN ADOLESCENTES

Trabajo de investigación para optar al título de Magister en Investigación Psicoanalítica

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

MAESTRIA EN INVESTIGACIÓN PSICOANALITICA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANALISIS

MEDELLIN

2015

Nota de Aceptación

Presidente del Jurado

Jurado

Jurado

TABLA DE CONTENIDO

	Página
INTRODUCCIÓN-----	7
1. ANTECEDENTES DEL PROBLEMA-----	9
1.1. Adolescentes en las instituciones-----	9
1.2. Acerca del dispositivo -----	10
1.3. Urgencia subjetiva-----	11
2. METODOLOGÍA-----	17
2.1. Principios metodológicos-----	17
2.1.1. Mantener la posición de no saber-----	17
2.1.2. No buscar, estar dispuestos a encuentros-----	18
2.1.3. El uno por uno-----	19
2.1.4. Fundamentar riguroso-----	19
2.2. De los enfoques metodológicos -----	21
2.2.1. Análisis documental-----	21
2.2.2. Análisis de material clínico-----	23
2.2.3. Análisis conceptual-----	26
3. ¿QUE LUGAR PARA EL SUJETO EN LA URGENCIA SUBJETIVA?----	27
3.1. ¿De qué sujeto se trata?-----	27
3.2. Trauma y Urgencia subjetiva-----	30
3.3. Del Trauma al fantasma-----	35
3.4. ¿Qué es lo subjetivo de la urgencia?-----	37

4. ¿ES LA ADOLESCENCIA UNA URGENCIA SUBJETIVA?-----	41
4.1. Entre la pubertad y la adolescencia: el sujeto-----	43
4.2. El adolescente: ese sujeto en movimiento-----	47
4.3. El trabajo de la adolescencia-----	49
4.4. Adolescencia y urgencia subjetiva-----	53
5. LA ANGUSTIA: DE FREUD A LACAN-----	56
5.1. Reflexión en torno a la angustia en Freud-----	57
5.1.1. El objeto de la angustia-----	59
5.1.2. De la angustia a la represión, en inhibición, síntoma y angustia-----	61
5.1.3. La angustia por separación: el desamparo-----	64
5.2. Sobre la angustia en Lacan: de los tres de Freud a los tres de Lacan-----	68
5.3. Consideraciones sobre la angustia en el acto de la joven homosexual-----	77
5.4. La angustia como caída-----	78
5.5. De la angustia al pasaje al acto-----	81
6. ACTING OUT Y PASAJE AL ACTO-----	83
6.1. Primeros cimientos del acting out en Freud-----	83
6.2. Del acting out en Lacan-----	87
6.3. Pasaje al acto-----	92
6.4. El problema del tiempo-----	99
6.5. Pasaje al acto y significante: una cuestión de lógica-----	103
7. ESPACIOS CLÍNICOS -----	110
7.1. “Yo soy Santiago”: Samara, 16 años-----	110
7.2. “Rara”: Emma, 16 años-----	116

7.3. “Endiablado de rabia”: Javier, 13 años----- 121

7.4. Comentarios generales-----125

8. CONCLUSIONES-----129

9. BIBLIOGRAFIA----- 135

INTRODUCCIÓN

Abordar las implicaciones subjetivas de los pasajes al acto en adolescentes, requiere tener en cuenta el *a posteriori*, el después de un pasaje al acto, ese corte de la cadena significativa, que en la adolescencia pone en riesgo al sujeto y a los otros. La angustia es el trasfondo de estas manifestaciones fenoménicas, la forma de presentarse es distinta de acuerdo a la singularidad de actuaciones, formas de respuesta que el sujeto da frente a lo imposible de soportar.

En esta investigación se aborda la pregunta ¿qué de la subjetividad puede emerger en el *a posteriori* de un pasaje al acto que se presenta como urgencia en adolescentes? Esto ha permitido interrogar la implicación del sujeto en la dimensión del pasaje al acto, mediante un análisis de material clínico, de eventos que se han desencadenado en un momento dado, que angustia al sujeto que lo padece, la propuesta ha sido escuchar lo que emerge como subjetividad, lo que se puede leer allí, en un esfuerzo por develar la vinculación entre acto, angustia y subjetividad. Se parte de pensar al sujeto, aquel que tiene algo para decir sobre su acto y que revela su posición singular reflejada en su decir.

Para abordar el objetivo que aquí nos convoca: analizar las implicaciones “*a posteriori*” de los pasajes al acto que se presentan como urgencias en adolescentes, se propone un hilo conductor para anudar subjetividad y pasaje al acto, objetivos que buscan esclarecer el concepto de angustia, desde la perspectiva freudiana y lacaniana, clarificar el estatuto de subjetividad y su relación con la urgencia, como forma contemporánea de la angustia, pesquisar las concepciones de acto, en su

dimensión de pasaje al acto y acting out, por último hacer una articulación clínica entre pasaje al acto e implicación subjetiva en adolescentes.

Todo este recorrido enlazado en torno al fenómeno para ser llevados por un camino, un análisis que posibilita el desciframiento de un acto, a posteriori atravesado por la palabra, en un intento de cernir lo que se ha vuelto excesivo e incontrolable y pesquisar qué es lo que el sujeto logra decir de su acto que lo ha sobrepasado.

En el proceder metodológico se ha planteado unos principios que orientan el ejercicio investigativo: mantener la posición de no saber; no buscar, estar dispuestos a los encuentros; tener presente en la singularidad de los sujetos, el uno por uno; y como principio básico está el fundamentar riguroso. La ruta metodológica plantea tres enfoques: análisis documental que implica la lectura y el estudio riguroso de los conceptos que soportan la pregunta, análisis de material clínico, se refiere a la formalización de lo escuchado y análisis conceptual que pretende la articulación clínica y conceptual.

1. ANTECEDENTES DEL PROBLEMA

1.1. Adolescentes en las instituciones

A partir de la práctica clínica en una institución del Estado que recibe niños, niñas y adolescentes con diversos síntomas como toxicomanías, anorexias, explotación sexual, impulsiones, autoagresiones y excesos violentos, surge la inquietud por analizar las implicaciones subjetivas de los pasajes al acto en adolescentes.

En este medio institucional se encuentran adolescentes que evidencian con gran frecuencia fenómenos de impulsividad, llamadas “crisis” que se presentan bajo la forma de “urgencia”, una demanda institucional apurada que no da espera, dada las características del fenómeno en acto que se pone en escena, así, emerge el interés por investigar la subjetividad implicada en tales actos.

Se tomará de esta institución material clínico de algunos adolescentes, así como material clínico de otras instituciones con las cuales la investigadora ha tenido relación, donde también se presentan fenómenos recurrentes propios de la adolescencia, con pasajes al acto de carácter violento, hacia sí mismos, tales como auto incisiones –cutting–, o hacia otros, manifestación de patologías del acto que de manera irruptiva se instalan en la institución.

Si bien la adolescencia no es el punto central de esta investigación, si tomaremos de ella la angustia del adolescente y sus interrogantes puestos en acto, desde ahí estamos dispuestos a alojar

al adolescente en su dimensión de sujeto, que algo del grito tome la dimensión de llamado, que la angustia hable, que el acto no se quede petrificado en la mudez o en su desborde pulsional.

1.2. Acerca del dispositivo:

La atención institucional con estos adolescentes tiene el carácter de “intervención en crisis”, una urgencia subjetiva que por la emergencia de estados alterados se permite pensar que es una clínica que da lugar a atenciones en la inmediatez del acto, es la emergencia de un desborde en la contingencia institucional lo que determina la urgencia.

Desde esta perspectiva, se hizo necesario instalar un lugar para la escucha clínica que sirve de soporte y a la vez le da apertura al sujeto, instalar un dispositivo de intervención que hace de corte, ofreciendo la presencia, generando una relación distinta con el tiempo, un lugar para la pregunta, para el enigma, donde el texto fundamental es el del adolescente, su palabra como garante de la emergencia del sujeto.

El dispositivo posibilita un recorte a la mirada insidiosa de lo institucional, un dispositivo con características de clínica de la urgencia, donde la emergencia de la subjetividad tiene lugar, espacio clínico para acoger a los adolescentes como sujetos de palabra, por tanto se fundamenta en la escucha y recepción de las crisis o urgencias, pretende atender esos momentos y subjetivarlos por la palabra.

De esta manera poder adentrarse en la lógica del texto discursivo que incluye el pasaje al acto, la ruptura de la cadena significativa, intentando articular de nuevo y hacer amarres posibles que den cuenta de la implicación del sujeto en su acto, de ahí la importancia de la escucha clínica y la articulación rigurosa entre la teoría y la clínica, para la selección de material que permita volver a los textos y anudar algo del saber posible que estos adolescentes con sus actos enseñan.

1.3.Urgencias subjetivas

"Urgencia" es un término que proviene del código médico, una noción que había estado ligada a la concepción de psicopatología y a los dispositivos asistenciales –servicios de urgencia–, se ha referido a un modo en que llegan ciertos pacientes a la consulta.

El adjetivo urgente, según el diccionario de la Real Academia, viene del latín *urgens, urgentis* que apremia, provoca apresuramiento, la *urgentia* hace referencia a la cualidad de urgente, que urge, apremia o requiere pronta atención, dice de algo que debe resolverse de forma inmediata. El urgir está del lado del pedir algo con apuro o apremio, empuja por una rápida intervención. Por otro lado el término emergencia, emparentado con la urgencia, indica acción o efecto de emerger, suceso o accidente que sobreviene.

La urgencia ya supone un uso del tiempo de manera particular, un tiempo acelerado: el apremio, la prisa que insta a las respuestas rápidas, de ahí que se relacione las urgencias con *las crisis*, un momento decisivo, una situación dificultosa o complicada, en que las cosas dejan de funcionar como venían siendo.

“Urgencias Subjetivas” no es un concepto psicoanalítico, no obstante, algunos psicoanalistas de orientación lacaniana, a propósito de la práctica analítica en las instituciones hospitalarias, acuden a formulaciones de J. Lacan, como la que hace en *Función y campo de la palabra y del lenguaje*, sobre lo necesario que es leer la subjetividad de la época y hacerle frente. Por ello plantean “la urgencia subjetiva” como una noción nueva que habla de la forma en que se presenta los síntomas y la demanda en la actualidad, y que por tanto requiere el establecimiento de un dispositivo que intervenga de manera rápida la demanda desmedida, donde la angustia emerge como un hecho clínico. Así, se introduce en la urgencia la dimensión del sujeto.

Inés Sotelo¹ en la compilación de textos titulada “Tiempos de Urgencia: estrategias del sujeto, estrategias del analista”, aborda la urgencia subjetiva como “una nueva categoría clínica” (2005, pág. 118), haciendo una transmisión de la clínica en las instituciones hospitalarias, pensando la práctica analítica en estos espacios, la estrategia del analista es ofrecer la escucha la cual apunta a alojar la emergencia de lo subjetivo.

Urgencia y subjetividad, dos nociones que se cruzan cuando aparece en alguien un suceso que sobreviene e irrumpe como agitación o desanudamiento, por tanto desde el psicoanálisis se aduce que toda urgencia siempre es subjetiva; nos encontramos de entrada con una paradoja, si la urgencia es una ruptura de la cadena significante ¿qué de lo subjetivo emerge en ese quiebre de esa cadena? Paradójicamente, la urgencia deja a alguien por fuera del discurso, aunque permanezca ligado al lenguaje, así, se entiende que en el acontecimiento de la urgencia algo de

¹ Inés Sotelo es psicoanalista miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y de la Escuela de la Orientación Lacaniana, docente de la facultad de psicología de la UBA, donde imparte desde hace más de diez años el curso sobre Clínica de la Urgencia.

lo subjetivo surge, lo que emerge en la urgencia es para el psicoanálisis, motivo de intervención y escucha por la aparición de la angustia.

Es una concepción de desanudamiento significativo, de ruptura que irrumpe en la subjetividad, generando sufrimiento, lo que sostenía cierto equilibrio en el sujeto en los vínculos con la vida ya no lo sostiene, ocurre un imposible de soportar, una irrupción de lo pulsional. La urgencia aparece como algo que debe resolverse de forma inmediata.

La subjetividad es una construcción del sujeto que implica un arreglo singular con la pulsión, a través del fantasma, la relación al objeto y el discurso del Otro, en la realidad psíquica del sujeto. La noción de subjetividad se abordará en el presente trabajo, intentando una pesquisa de ¿qué es lo subjetivo de la urgencia? Al calificar la urgencia como subjetiva se está introduciendo al sujeto como aquél que puede dar cuenta de lo que emerge en él, de su división.

Las *urgencias subjetivas* hablan entonces de fenómenos que dan cuenta de lo que irrumpe como desmedido, con lo que un sujeto se encuentra, excedido en sus posibilidades de responder ante algo angustiante. Es un encuentro con lo traumático, el sujeto no puede dar cuenta de su sufrimiento, el discurso no le alcanza para entender o maniobrar ese sufrimiento y se queda sin palabras, impulsado a actos desesperados o presa de la angustia.

De esta manera lo argumenta Belaga (2004), quien asegura que es a partir de poner en práctica el psicoanálisis aplicado en las instituciones, que nace un fenómeno nuevo llamado “La Urgencia Generalizada como una forma clínica de la práctica psicoanalítica en los hospitales y que abarca

lo que se llama hoy Urgencias Subjetivas”, (pág. 9) y dice de estas que son una presentación del sufrimiento actual ligado a coordenadas de la época, una novedad clínica cotidiana, nombrada como “el trauma generalizado”.

En 1966 Lacan al final del texto “El sujeto por fin cuestionado” habla de la práctica de los analistas, y de la cuestión del psicoanálisis puro y el aplicado, introduce las urgencias subjetivas como aquello a lo que los psicoanalistas deben estar atentos y escuchar: “...mientras dure un rastro de lo que hemos instaurado, habrá psicoanalistas para responder a ciertas *urgencias subjetivas...*” (2009, pág. 229).

Para algunos psicoanalistas las urgencias subjetivas son una modalidad de la clínica con una nueva noción que no deja de hablar de la angustia, a la que el sujeto responde de manera fenoménica con sus actos. El sujeto se ve obligado a resolver lo que irrumpe en su vida y busca una solución pronta, encontrándose con la precariedad de sus respuestas, ocurre el quiebre en el decir. Eric Laurent dice de las urgencias subjetivas, que estas se entienden como una ruptura en la cadena significante, un vacío en el lugar del Otro del lenguaje (2004), así argumenta, si el significante no se articula, un S_1 con S_2 , el sujeto no puede representarse. Cuando esto ocurre, el sujeto responde con los acting out (como respuesta del sujeto) o con pasajes al acto (donde emerge un real que excluye al sujeto) en la cual se amalgaman en la inmediatez los diferentes tiempos lógicos. En las urgencias subjetivas, del tipo pasaje al acto, hay una ruptura, algo del decir no se articula. Se denota una paradoja, se habla de una desarticulación de la cadena significante, dejando al sujeto por fuera, una caída del sujeto, pero al mismo tiempo se habla de la emergencia del sujeto en la urgencia, ¿de qué sujeto se trata entonces aquí?

Por otro lado, Ricardo Seldes dice de la urgencia como un modo de respuesta del sujeto para salir de la indeterminación del Otro: está concebida como del orden del acto, en el sentido del acting out o del pasaje al acto. ...vía el pasaje al acto el sujeto del inconsciente quiere salir de su indeterminación (2004, pág. 35).

Tanto la posición de Eric Laurent como la de Seldes, traen en sus argumentaciones al sujeto, de un lado un sujeto que aparece como borrado, un sujeto en afánisis, el cual no podría dar cuenta de su acto y de otro lado se habla de un sujeto que opera con el acto para representarse ante el Otro.

Se intuye por tanto dos posiciones del sujeto frente a los actos (acting out y pasaje al acto), la pregunta apunta a indagar la implicación subjetiva en los pasajes al acto, ¿es posible hablar de implicación subjetiva teniendo en cuenta que la subjetivación es un anudamiento importante para que no se precipite el acto?

La pregunta que guía esta investigación se articula en esta paradoja del sujeto en el acto, ¿qué de la subjetividad puede emerger en el a posteriori de un pasaje al acto que se presenta como urgencia en adolescentes? Esta cuestión permite interrogar la implicación del sujeto en la dimensión del pasaje al acto, y dar cuenta si es posible pesquisar algo de la subjetividad, a partir del dispositivo clínico, de intervención y escucha que se pone en función en la denominada urgencia subjetiva.

Para los antecedentes de las urgencias subjetivas, la investigación se centró en estos autores, Ricardo Seldes, Eric Laurent, Guillermo Belaga quienes apoyados en el psicoanálisis lacaniano, toman como dispositivo de intervención, la práctica de la urgencia subjetiva al hacer emerger, a partir de las urgencias, el sujeto en la consecuencia de su acto, ponen de relieve el psicoanálisis en la institución hospitalaria donde lo subjetivo cobra lugar.

Desde el trabajo realizado en Pausa², tanto Belaga como Seldes han implementado el dispositivo Urgencia Subjetiva, un dispositivo construido a finales de los años 80 en el Hospital Evita del Lanús (Buenos Aires), centrado en la intervención para interpretar el horror al acto. Ellos en sus postulados teóricos dan cuenta en la clínica, de la emergencia del sujeto en la urgencia, a lo que los psicoanalistas debe estar prestos, o en el sentido de lo que emerge puesto en acto (acting out o pasaje al acto) como un llamado a volver a anudar.

² Pausa es un centro de atención psicoanalítica para niños, adolescentes y adultos, integrado por psicoanalistas y psiquiatras con formación en el tratamiento de las urgencias subjetivas. Creado como institución en Julio de 2005, en Buenos Aires - Argentina.

2. METODOLOGÍA

2.1.Principios Metodológicos y éticos:

En la investigación con el psicoanálisis, no conviene llevar patrones, estándares o protocolos, sin embargo hay principios que exigen ser formalizados y que pueden orientar la investigación y se constituyen en la brújula del trabajo.

Los principios para el psicoanálisis cobran importancia en tanto son premisas fundamentales que se inscriben en el hacer metodológico y ético, como lo plantea Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder” lo que rige a la práctica analítica, así lo retoma también Miller al hablar de la práctica: “...sin estándares pero no sin principios”.

Estos principios rectores regirán el desciframiento del material clínico, ellos son:

2.1.1. Mantener la posición de no saber: para dejarse enseñar del fenómeno, con una actitud analítica, es preciso que la investigadora se proponga asumir la posición del analizante, manteniendo una posición de docta ignorancia, en la relación que se establece con el problema de la investigación, para así poder escuchar al sujeto que habla del fenómeno que nos ocupa.

Es importante señalar en lo que se sostiene este principio, pues no se trata de un *no saber* de la ignorancia total, tampoco de ese que *no sabe que sabe*, pero que *cree que sabe*, es precisamente *el*

saber que no se sabe pero que se aspira a saber, esto permite alumbrar el fenómeno y poder hacer reflexión, articulación y formalización. Es una cuestión ética, en tanto es el sujeto el que pone su acto y también su palabra, no se trata de interpretar con unos conceptos preconcebidos, se trata más bien de escuchar los dichos y modulaciones desprendidos de la comprensión, del sentido, y dejarse enseñar, ya que el que habla termina revelando que hay unas intenciones pero que no sabe que revela.

2.1.2. No buscar, estar dispuestos a encuentros: se trata de no prefigurar, no suponer, nada que se pretenda consabido puede orientar una investigación, por ello despojarse de juicios y prejuicios, desprevenidos y dispuestos a los encuentros. Pero si de asumir una actitud investigativa, abiertos a la observación, la escucha y a nuevos planteamientos. Tiene que ver con el comprometerse con el trabajo de investigación, y asumirlo como provocación de saber que exige la elaboración.

Principio que está en consonancia con el deseo, cuando Freud descubre el inconsciente no se lo proponía, es un encuentro a partir de la escucha de sus pacientes histéricas y de un querer saber orientado por el deseo, pero no se detiene allí, esto le abre otras perspectivas y nuevas vías para la comprensión de ese material reprimido y que hace síntoma en los sujetos, así revoluciona conceptos y hace nuevos desarrollos.

Es en la exploración a fondo del fenómeno, sin rigideces y prestos al encuentro, tomados como puntos a esclarecer, donde se construye una relación con el saber, y un camino para el investigador que no se constituye como el todo saber. Freud (1915) lo dice, cuando se enfrenta a la depuración de un concepto nuevo, el de Pulsión, en Pulsiones y destinos de pulsión: "...el progreso del

conocimiento, no tolera rigidez alguna, tampoco en las definiciones” (p. 113), de allí que intentara esa elaboración desde diversos lados.

Este principio implica también estar atentos a los extravíos, para no perderse en la selva de saberes.

2.1.3. El uno por uno: respetar la singularidad del uno por uno, no generalizar, esto es, no aplicar la teoría conceptual al caso. Es una propuesta de lectura de lo subjetivo entendiéndolo como lo singular de cada uno. No hay un para todos universalizable, que ajuste la teoría a lo sintomático de cada sujeto; puesto que se trata de sujetos, no es posible protocolizar enunciados sintomáticos y ajustarlos a una teoría, sin embargo es la teoría la que permite una lectura de la singularidad, del uno por uno.

Contar con lo singular como principio clínico es partir de considerar una teoría y una práctica de lo singular, aunque no se puede escapar a la generalización de la teoría, se trata del estudio caso por caso y la prudencia que ello convoca, hallar un recurso para dar testimonio de un real que es propio a cada sujeto y que lo implica en su subjetividad.

2.1.4. Fundamental riguroso: clarificar de manera rigurosa esta investigación, saber de límites, posibilidades, especificidades, cuidando de que se mantenga el rigor conceptual, la argumentación y la precisión. Es poder llevar a cabo un trabajo lúcido que cuenta con lo epistémico, con los conceptos depurados y argumentados planteados por el psicoanálisis, tomando postulados

freudianos y lacanianos, para tener claridad de la teoría y de la clínica. La fundamentación rigurosa es invocada para esclarecer el modo de proceder en la investigación.

Señalados los principios metodológicos, se toma la metodología, como camino principal por el cual se transitará en esta investigación, El Método Psicoanalítico, que Freud define de tres maneras: “Psicoanálisis es el nombre de: un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles de otro modo, un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esta indagación; y una serie de intelecciones psicológicas ganadas por este camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica.” (1922, pág. 231)

Se trata aquí de un camino elegido con varias rutas, que nos llevará de un punto de partida – objetivo planteado aquí–, a un punto de llegada, una meta, aún desconocida. En el punto de partida se pretende analizar –si las hay– las implicaciones subjetivas a posteriori, de los pasajes al acto presentados como urgencias en adolescentes. Por tanto, es preciso abordar el fenómeno que ha suscitado la pregunta de investigación por estos tres caminos y confluir en uno solo: un desciframiento de significantes que se leen en el texto –escrito o hablado, un análisis del discurso que nos permitirá leer el fenómeno, tanto en la teoría como en la clínica.

Así, la definición que trae Freud, en las tres vías anteriores, inspiraron para plantear una ruta en tres enfoques metodológicos: análisis documental, análisis de material clínico y análisis conceptual, estos enfoques se describirán más adelante.

Si bien Lacan plantea el psicoanálisis como una praxis y una investigación, lo que supone la delimitación de un campo de la experiencia, habla del psicoanálisis aplicado cuando de la clínica se trata, dice: “El psicoanálisis solo se aplica, en sentido propio, como tratamiento y, por lo tanto, a un sujeto que habla y oye... Fuera de este caso solo se puede tratar de método psicoanalítico, ese método que precede al desciframiento de los significantes sin consideraciones por ninguna presupuesta forma de existencia del significado”(1958, pág. 711). Así esta investigación se orientará por el análisis de material clínico, algunos dichos aislados, de sujetos atendidos en un momento dado bajo la premisa de una urgencia, se acentúa la propuesta freudiana: un procedimiento y una intelección, una indagación que como método posibilita la lectura del discurso del sujeto

2.2.De los enfoques metodológicos:

2.2.1. **Análisis Documental:** Se trata de la aplicación del método psicoanalítico a la indagación documental, con una lectura orientada por la pregunta, para ello se requiere una revisión bibliográfica de textos que permiten una exigencia de rigor en la selección de los mismos y de los planteamientos en su consistencia interna, esto servirá para dilucidar las teorías que sustentan el estudio del fenómeno interrogado aquí.

La revisión de bibliografía selectiva de textos psicoanalíticos, serán referenciados como fuentes primarias y secundarias, para hacer un rastreo teórico riguroso sobre los conceptos, material escrito que dará el soporte teórico conceptual y así examinar los fundamentos que sustentan el fenómeno.

Como fuentes primarias se tendrá la lectura y el análisis de textos freudianos donde aborda la angustia, principalmente la conferencia 25 “la angustia”, “Inhibición, síntoma y angustia”, y la conferencia 32 “Angustia y vida pulsional”. De los textos lacanianos se tendrá como referencia el seminario 10 “La angustia”.

La pesquisa de la noción de pasaje al acto, original en Lacan, se abordará en contraposición con el fenómeno de acting out, como referencia obligada para diferenciar el tipo de acto al que se hace referencia, además en el análisis documental se hará una revisión de textos de Freud sobre el trauma y el texto Repetir recordar, elaborar; en Lacan además del seminario 10, se revisará el seminario 11 los cuatro conceptos fundamentales... el seminario 14, la lógica del fantasma, y otros que sean pertinentes.

Se abordaran textos como fuentes primarias y secundarias, de otros psicoanalistas contemporáneos que se han ocupado por los avances clínicos de las urgencias subjetivas bajo la forma de pasajes al acto, tales como Eric Laurent, Guillermo Belaga, Enric Berenguer, Inés Sotelo, entre otros, principalmente para el abordaje del planteamiento del problema.

Se trata en este primer momento de análisis documental de adentrarse en “El claro del bosque”, como lo dice María Zambrano, un lugar en el que no siempre es posible entrar, sin embargo la propuesta aquí es dejarse llevar por las huellas que ayuden a dar el paso y vayan marcando el camino, “no hay que buscarlo, no hay que buscar...” (2011, pág. 2), nada determinado, prefigurado, consabido. Aquí se pone en acto los dos primeros principios metodológicos: la posición de no saber y el no buscar para estar solo dispuestos a los encuentros.

2.2.2. **Análisis de material clínico:** Un segundo momento metodológico será el análisis del discurso de material clínico, lo que implica una formalización de lo escuchado, procedimiento fundamental para la lectura del material que hace de hilo conductor y vuelve legible los dichos escuchados, para leer el fenómeno como realidad clínica, teórico práctica y la implicación en el sujeto, así establecer una construcción de la lectura de la subjetividad que el a posteriori del pasaje al acto nos pudo decir.

No son pacientes en análisis, se trata de material clínico escuchado, de algunos adolescentes que vinieron a consulta al presentar eventos irruptivos, como pasajes al acto, y que desde el fenómeno mismo, la demanda de atención es urgente e implica una respuesta inmediata al evento, no se sabe aún si se trata de una emergencia de lo subjetivo, de lo traumático, de lo real como agujero, ni de su posición subjetiva. Por ello, y creyendo en el sujeto influenciado por la palabra, es en el a posteriori que se podrá dar cuenta de alguna implicación del sujeto con su acto.

Subjetivar una urgencia es poder obtener una puntuación, suspensión que permita ingresar por la palabra al sujeto, la propuesta es incluir un tiempo de pausa necesario para que el sujeto encadene en su discurso los significantes necesarios que den cuenta del acto.

Es importante en este momento metodológico aclarar el problema a trabajar: partir de un material clínico recolectado, por la escucha de varias sesiones a adolescentes que llegaron a consulta bajo la condición de haber presentado una urgencia, allí algunos pudieron desplegar la palabra frente a esta en un antes y un después, como tiempo propio de la angustia, otros sin más no logran articular un significante que amarre ese real suelto, quedando en lo indecible del empuje

al acto, ¿Cuál es la implicación subjetiva allí?, no es el solo relato del sujeto sobre su acto, se trata de leer más allá de la narración, la lógica de los dichos del inconsciente.

En este momento metodológico, como lo dice Xavier Esqué:

No pretendemos encontrar una presentación clínica tipo, ni tampoco construir una lengua clínica única, sino que se trata de destacar cómo la clínica psicoanalítica refleja la diversidad de las vías por las cuales enfrentamos el real en juego en cada caso, extrayendo de ello una enseñanza y produciendo una transmisión (2005, pág. 1).

Por ello se propone en esta investigación, abordar material clínico, esto es, los dichos de un sujeto, lo que de un paciente se escucha en sus enunciaciones y extraer, para efectos de transmisión de sus dichos, –y de sus pasajes al acto– una enseñanza. Es un uso de la clínica que partiendo del recorte o extracción de un fragmento de su discurso, permite leer las implicaciones subjetivas en su decir.

Siguiendo a Miller en el método psicoanalítico, es posible decir que “lo esencial es lo que el paciente dice” (1997, p. 38), pero, en medio de esos significantes es necesario identificar el *dicho* y el *decir*. Localizar la subjetividad de quien habla, su *decir*, su posición con respecto a sus dichos.

Los *dichos* son todos los significantes que el paciente usa con el analista. No dejar la escucha en este nivel, en la dimensión de la *psicología del yo*, es decir, en el nivel en el cual los sujetos hablan de las intenciones, los ideales, sus conocimientos académicos, etc. Lo que interesa es localizar la subjetividad de quien habla, su *decir*, su posición con respecto a sus dichos.

Los cinco casos clínicos escritos por Freud son ejemplo de cómo un caso puede transmitir una enseñanza fundamental. No obstante la comprensión de un problema clínico no exige definir todo el contexto en el cual el mismo se da, si no que éste se puede elaborar a partir del hecho mismo que interesa examinar, narrado en forma precisa y bien definida, haciendo uso de la forma discursiva del sujeto –material clínico–. No sería por tanto la mostración de viñetas, es un material formalizado de acuerdo a una concepción estructural de la clínica y de la investigación, por oposición a una concepción historicista –que supone que el contexto evolutivo de un problema es indispensable para comprender lo que se pretende examinar; la posición estructural está más del lado de Lacan, y la historicista de Freud–.

De ahí que se opte por el material clínico, como una vía posible para formalizar la investigación en psicoanálisis, no se trata del caso en su totalidad, es una construcción, un recorte sobre un punto, lo que cae³ y se articula en ideas, permite la interrogación de un punto de la teoría, es en las aberturas, entre lo que no cierra, donde hay algo que se transmite. Aquí se pone en juego el tercer principio metodológico propuesto: el uno por uno, rescatando en el caso por caso la riqueza de la singularidad.

El caso o el material clínico que se seleccione, además de cierta descripción fenomenológica, debe incluir el decir en la lógica de los dichos, pues se trata de una lectura clínica de lo real en juego y la posición subjetiva frente a este real. Así lo dice Berenger citano a Lacan:

³“Caso” designa en alemán *Fall*, caída, lo que cae. Freud utiliza el "*Einfall*", para nombrar lo que acaece, que da cuenta del encuentro con lo real ocurrido bajo transferencia.

Dicho en términos de Lacan se trata de ubicar una articulación entre ese exceso que viene de lo real pulsional y un elemento que tiene que ver con la falta en lo simbólico. Toda construcción es un intento de anudar estas dos dimensiones (2013, pág. 1).

2.2.3. **Análisis Conceptual:** En este momento metodológico, se supone la articulación clínica y conceptual que lleva a aproximaciones conclusivas, dando cuenta del recorrido y de los análisis realizados en los momentos anteriores. Es un momento de concluir, donde se supone el dar cuenta de hallazgos, vacíos, juicios o postulados que se hayan podido dilucidar.

Es el momento del fundamentar riguroso, cuarto principio metodológico, que permite articular un resto que queda y que se puede plantear en términos de conclusiones, después de haber adentrado en las formas lógicas que cada uno de los sujetos implicados con su discurso en esta investigación, pudieron enseñar.

3. ¿QUÉ LUGAR PARA EL SUJETO EN LA URGENCIA SUBJETIVA?

3.1. ¿De qué sujeto se trata?

El sujeto que se aborda en esta investigación está enmarcado en la concepción de sujeto del inconsciente, si bien el inconsciente es un descubrimiento freudiano, el sujeto articulado al inconsciente es lacaniano. Freud logró establecer una teoría de la escisión del yo (1938), cuando habla justamente de conflicto en una precisión sobre la función de la represión. Sin embargo Freud habla de una *spaltung*, una escisión, cuando introduce este concepto aún no ha articulado la teoría del inconsciente, con este se refiere a la doble conciencia en el sentido de una división, a partir de la propuesta de Breuer de la escisión de la conciencia, esto es, una segunda conciencia en la histeria que se produce en el trabajo de la represión. Así, el concepto de sujeto en Freud está más próximo al yo, no al inconsciente, y no es precisamente el yo de la razón, el mismo que tratara Descartes como el *cogito*.

Más allá de Freud, que introduce y diferencia el inconsciente como instancia, Lacan introduce al sujeto del inconsciente. La formación del inconsciente hace evidente la escisión subjetiva, así Lacan se sirve de esta concepción freudiana para hablar del sujeto dividido, tachado, y dar cuenta de un sujeto que está atravesado por el significante, esto es, un sujeto barrado. El significante determina al sujeto, así dice Lacan: el sujeto está representado en la cadena significante, un sujeto es lo que representa un S_1 para un S_2 , -el sujeto del inconsciente-, aquél que se equivoca,

representado por la falla, el equívoco, las formaciones del inconsciente, el sujeto es aquél que no se somete porque emerge en la falla.

Por ello para el psicoanálisis el sujeto es lo más inconsistente en el ser, es aquél que se presenta cuestionado por el discurso (Lacan J. , 2009). El sujeto cuestionado por el discurso dice Lacan, se implica en la demanda en que se presenta, por tanto es el sujeto que habla, y se hace representar por su discurso, así el sujeto es un producto de la demanda. El sujeto para el psicoanálisis es dividido, sexuado, deseante, e inconsciente. ¿Dividido entre qué y qué? es una división que se evidencia entre el saber y la verdad, que Lacan ilustra con el modelo topológico de la banda de Moebius, dos términos que convergen, saber y verdad, pero separados y como pertenecientes a un mismo material, revelación y desocultamiento de un saber no sabido, en una continuidad infinita, sin principio ni fin, pero si se realiza un corte se deja ver la división, por ello Lacan dice “el sujeto es tomado en una división constituyente” (1966, pág. 814), sin origen posible de situar, mostrando una exclusión interna del objeto para el sujeto.

En el discurso de Roma Lacan dice del sujeto: "el inconsciente es sujeto de pleno ejercicio, por ello hay que dejarlo hablar" (1953, pág. 152), el sujeto está en el corte, en la división, en la hiancia, es el sujeto del inconsciente que habla en los quiebres del decir. Lo que hace que Lacan introduzca el sujeto en el acto, así dice:

Nada se representa allí que no tome lugar en alguna frase, aunque sea interrumpida, que no se sostenga en una puntuación, aunque sea errónea, y es eso lo que vuelve posible la

repetición simbólica en el acto, y el modo de insistencia con que aparece en la compulsión (pág. 152)

Se trata de ese sujeto que puede hacer un pasaje a la palabra, y hacer eco de ese sujeto por fin cuestionado por el discurso y recuperar el sujeto barrado, que ha puesto en evidencia su objeto a , parte de su verdad, algo de lo real del sujeto, articulando el fantasma, o atravesándolo salvajemente, que es lo que sucede en el pasaje al acto.

El sujeto representado en la cadena significativa, deviene sujeto por una relación intersubjetiva, este surge en las entre líneas porque es inconsciente, es el de la insistencia, de esta manera se hace existir. Finalmente se tendrá presente que la estructura del sujeto tiene una verdad que no se puede nombrar y que Lacan encuentra una manera de representarla en un algebra particular, lo denomina pequeño a , un objeto que habla de la verdad del sujeto, y que anuncia la relación del sujeto con lo real y lo traumático constitutivo del sujeto. Así también Lacan reconoce en el sujeto la introducción primera de un significante que posibilita que haya sujeto: “no hay aparición concebible de un sujeto en cuanto tal, sino a partir de la introducción primera de un significante, y del significante más simple, el que se llama el rasgo unario” (1962, pág. 30). Esto es, el sujeto esta precedido por el significante, es un significante real, que Eugénie Lemoine-Luccioni, llama grito codificado, marcas de respuesta que el sujeto da(1980).

Así dice Lacan “lo característico del sujeto del inconsciente es que está bajo el significante que desarrolla sus redes, sus encadenamientos y su historia, en un lugar indeterminado”(1964, pág. 216), así el sujeto depende del significante.

En el seminario 11 Lacan trae al sujeto que surge en el campo del Otro, la división aparece de un lado como sentido y del otro aparece como afánisis. Esta última se refiere a la desaparición, se sitúa en el nivel donde el sujeto se manifiesta en un movimiento de desaparición que Lacan califica de letal, y que también denominó en otra forma el fading del sujeto (1964, pág. 226).

El sujeto encuentra una falta en el Otro, en los intervalos del discurso del Otro surge en la experiencia del sujeto algo que se puede detectar en ellos radicalmente, intervalo que corta los significantes, en donde de manera metonímica se escabulle el deseo, el sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro, el sujeto intenta capturar el deseo poniendo a prueba al Otro, por ello el sujeto en esta puesta a prueba responde con la propia desaparición, su propia pérdida.

En el seminario 10, Lacan ha introducido el sujeto barrado, dividido, marcado por el rasgo unario en el campo del Otro, el sujeto que depende del Otro se inscribe en este como resto, y deja al Otro tachado, quedando un residuo que es el *a* minúscula, resto del Otro, así el sujeto queda articulando un fantasma que sostiene el deseo, y que constituye el sujeto del inconsciente.

3.2. Trauma y urgencia subjetiva

Se tratará en este apartado de articular un concepto de la clínica psicoanalítica: Trauma, que está desde los inicios del psicoanálisis y se enuncia en relación con el tema de la angustia que se abordara más adelante, y una noción más actual que se plantea en la clínica contemporánea: Urgencia subjetiva.

Desde la teoría freudiana, observamos que no hay en su obra una conceptualización de la urgencia, desde la perspectiva que se pretende en esta investigación, pero sí del trauma y la angustia. No obstante, veremos algunas aproximaciones que nos permiten leer lo relativo a esta noción en la obra de Freud y su relación con la clínica.

Hablar de urgencia en Freud, remite a hablar del desvalimiento, como algo del orden de lo traumático, el cual lo nombra como Hilflosigkeit, un estado de dependencia donde el pequeño lactante se halla impotente para realizar una acción específica y poner fin a una tensión interna.

Este desvalimiento o desamparo se constituye en el estado originario de la situación traumática que despierta angustia. Así trae Freud en inhibición, síntoma y angustia, el estado de desamparo con relación a la pérdida o separación, una expectativa de que se produzca una situación de desvalimiento, la situación presente recuerda la vivencia traumática que antes se experimentó, lo que implica aumento de la tensión y una imposibilidad de dominar las excitaciones que ello provoca. Las marcas que deja el desamparo originario son fijadas, perdurables.

Es una situación real que se reproduce en el afecto, un estado que se origina por la separación de la madre, factor causante de la angustia, se presenta como una reacción frente a la pérdida del objeto, se ha tornado traumática y queda como un algo irrepresentable que el sujeto repite, “La angustia es entonces, por una parte, expectativa del trauma, y por la otra, una repetición amenguada de él” (Freud, 1925, pág. 155)

Pero ¿qué es en sí lo traumático? ¿De qué manera se anuda a la urgencia subjetiva? Para abordar la cuestión del trauma es preciso recurrir a la *bruja metapsicología*, como la nombra Freud, para explicar esa actitud tan rara y desventajosa para la vida del ser humano. Así, se pregunta si la fijación al trauma es una conducta de carácter universal en las neurosis que ha quedado rezagado en cierto período de su pasado.

El trauma en Freud sigue un camino, este es sexual, de allí parte para abordar ese origen traumático que en sus histéricas aparecía de manera tan reiterada, anudado a esto las fantasías de seducción, las cuales dicen de un intento de velar ese real.

Respecto a la urgencia subjetiva sabemos que Freud no habló de ella, pues es una noción contemporánea, más bien aparece en sus elaboraciones teóricas el concepto de “crisis agudas”, en su texto “Análisis terminable e interminable” apunta a los estados de *crisis aguda* (1937, pág. 234). En estas, el análisis es inutilizable, solo es óptimo cuando las vivencias patógenas pertenecen al pasado. Se puede leer esta concepción de la crisis en Freud del orden de la urgencia, esto remite además a la angustia, de la cual sí se ocupa en gran parte de sus planteamientos teóricos.

Así, podríamos indicar que en Freud se pesquisa una aproximación primera de la urgencia, como apremio de la vida, en el “Proyecto de una psicología para neurólogos”, dice de estímulos endógenos (pulsiones) de los que el individuo no se puede sustraer, una cantidad que actúa por acumulación, solo cesa bajo condiciones que tiene que realizar en el mundo exterior mediante una *acción específica* (1895), el humano está bajo unas condiciones apremiantes, una necesidad vital –Ananké–, una urgencia, para la cual se requiere de un auxilio ajeno.

La operación ejercida por otro que ayuda a cancelar el estímulo endógeno y la descarga del mismo, constituye una vivencia de satisfacción. Aquí opera el *Drang*, el esfuerzo, que ha investido un núcleo por el recuerdo de una imagen, ya ligado a representaciones. El efecto placentero de la descarga hace que se repita la vivencia, por esfuerzo reaparece constante como empuje y deseo de repetir la vivencia, una demanda de acción que corresponde al factor motor de la pulsión (*Drang*).

En este punto habla Freud de proceso primario, que responde al empuje, quebrantamiento del principio de inercia o tendencia al placer. Así se comprende en Freud la urgencia, como un incremento de la pulsión. La urgencia tiene lugar cuando el sujeto se ve enfrentado a un exceso – se diría con Freud un exceso de cantidad– que no puede tramitar mediante sus propios recursos.

No obstante, se puede arriesgar, siguiendo a Freud, una articulación entre las llamadas crisis agudas y la noción de trauma, desde una concepción metapsicológica, ya que con relación al trauma psíquico está presente la angustia, en su texto “Más allá del principio de placer” plantea Freud el trauma como un exceso de excitación imposible de tramitar, es “una perturbación enorme a la economía energética del organismo”(1920, pág. 29) que pone en acción todos los medios de defensa y el cual dice que deja una perforación, en la tarea de “dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente, a fin de conducirlos después a su tramitación”(1920, pág. 29), así se refiere Freud al dolor, sin embargo lo anuda al trauma como una perforación, una ruptura de la protección antiestímulo, dice: “llamemos *traumáticas* a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección

antiestímulo” (1920, pág. 29), pone en evidencia la antigua doctrina del choque (shock) buscando comprender su efecto por la ruptura del órgano anímico.

La tarea planteada al psiquismo, sumergido por grandes cantidades de estímulo, es dominarlo y ligar psíquicamente estos volúmenes que penetraron violentamente a fin de conducirlos a su tramitación, así queda por fuera una energía no ligada de ningún modo, del lado del displacer, de la angustia. Esta energía no ligada, no está representada a nivel del inconsciente, por eso no se puede simbolizar, no se anuda en la cadena significativa.

Aparece como apronte angustiado, dice Freud: “los sistemas no están en buena situación para ligar los volúmenes de excitación sobrevinientes y por eso las consecuencias de la ruptura de la protección antiestímulo se producen tanto más fácilmente.”(1920, pág. 31) Esta concepción de trauma en Freud, lo ubica como parte de la estructura del sujeto, es inherente a él, constitucional, no hay sujeto sin trauma. Se entiende que en el sujeto queda un vacío inasimilable, un fragmento de agresión libre dice Freud en análisis terminable e interminable, para dar cuenta de lo irreductible pulsional en un análisis. El fragmento de agresión libre es la irrupción pulsional, lo que queda como no ligado por el representante psíquico.

En este recorrido se evidencia que no hay en la obra freudiana una conceptualización sobre la urgencia, pero sí del trauma y la angustia, y su relación con la clínica.

3.3. Del trauma al fantasma:

Más allá del principio del placer es un texto donde Freud logra indagar respecto al trauma y la insistencia inconsciente del sujeto en la repetición, ¿Por qué si algo resulta displacentero el sujeto lo repite?, ¿qué hace que se fije de esa manera como traumático?, ¿qué función tiene esa repetición en el sujeto? El sujeto ha recurrido a la compulsión a la repetición como un intento fallido de anudar representaciones.

Siguiendo estos interrogantes de Freud, Lacan va a introducir la función de la repetición como una rememoración de lo que vuelve siempre al mismo lugar, de lo real. Es la repetición de una escena que se pone en acto, relaciona por tanto real y acto. En la alusión que Freud trae del juego del *Fort da*, lo traumático de la separación hace que el sujeto hale, tire de su cosa, en un intento de ligar, de taponar, como “una cita siempre reiterada con un real que se escabulle.”(1964, pág. 62).

Freud pensaba que un hecho psíquico debería tener un sentido para el sujeto, pasando previamente por un decir que le permitiera unir, construir una significación propia de lo sucedido; sin embargo, en el caso del trauma se evidenciaba como un evento sin sentido para el sujeto. No obstante, termina en repetición puesta en acto, no en palabras; así, no todo lo traumático logra ligarse, queda un resto representado como angustia o como marca en el sujeto. Es el exceso que no cesa de no escribirse, es un resto que no se inscribe, queda perdido, por efecto del corte, que es separación del Otro. Paradójicamente es el corte lo que inaugura el nacimiento del sujeto, lo traumático es surgir como sujeto, separarse del Otro, pero dejando un nudo entre real y simbólico;

bordeando el vacío, situado entre lo real y el significante aparece el grito a la manera de llamado, que se vuelve demanda dirigida al Otro. Podemos hablar de una inscripción del grito como primera marca de lo simbólico en lo real. Es un grito que convoca al Otro a significantizarlo, a instalarlo en la cadena significante.

Lacan hace énfasis en el trauma como un encuentro con lo real, aquí alude a la Tyche que está más allá del automatón, del retorno, del regreso, y nos dice “lo real es eso que yace detrás del automatón”(1964, pág. 62), como una repetición de un S1, como tropiezo, traspie. Es lo real como encuentro fallido, la referencia que nos trae Lacan del trauma, algo inasimilable, de un origen al parecer accidental. Estamos hablando a partir del seminario 11, así, “el trauma es concebido como algo que ha de ser taponado...”(1964, pág. 63)

A la escena traumática, a ese hueco, el sujeto tiene que hacerle un velo, darle una significación, una construcción fantasmática que le permita taponar lo real, poner a distancia ese hueco. He ahí la función del fantasma, recubrir un real, esconderlo tras la falta de significación, un real que hace agujero, no representable, que ha dejado una hiancia. Al parecer esto real traumático es del orden de lo ominoso, cuando emerge algo que estaba velado, sale a la luz, el objeto de la angustia emerge como objeto fantasmático que se presentifica desde la realidad psíquica, una experiencia ominosa donde los monstruos cobran vida.

¿Qué pasa con el fantasma?, parece que el fantasma no opera como tiene que hacerlo, falla, y el sujeto se ve frente al vacío, perplejo, sin posibilidad de reconfigurar el fantasma, debe hacerse una nueva reconstrucción de este. Pero ¿cuál es la relación del fantasma con el acto? se sabe con

Lacan que el fantasma es el soporte del deseo, no es el deseo, y que el sujeto se soporta en el fantasma, ahí donde la marca significante empuja al sujeto hasta la afánisis, hasta el extremo de su desaparición.

3.4.¿Qué es lo subjetivo de la urgencia?

A Freud le interesaban los traumas psíquicos, más que los de la civilización, sin embargo, escribió el malestar en la cultura, intuyendo además un mal vivir de su época.

En la época contemporánea, aparecen nuevas formas del malestar del sujeto, que se proponen como nuevas etiquetas, nuevos síntomas que cambian con la época, o nuevas maneras de nombrar el malestar del sujeto, como las urgencias subjetivas.

En las urgencias subjetivas se pone en evidencia un trauma que parece de otro orden, sorpresivo, intempestivo que rompe con la homeostasis del sujeto, no obstante, es un real del trauma que hace eco, sin duda de lo ominoso, desconocido, reprimido del trauma originario en su dimensión de desamparo, algo que se repite. Esta angustia lleva al sujeto a resolverla o tramitar el exceso de cantidad no ligada, mediante un acto, bien sea acting out o pasaje al acto, un intento del sujeto de reordenar lo simbólico, de producir un movimiento subjetivo.

La urgencia subjetiva, entendida como una ruptura de la cadena significante, donde el sujeto se desanuda, una concepción muy cercana al trauma freudiano, en “Estudios sobre la histeria” se puede leer la noción de trauma en Freud, como un grupo de representaciones excluidas del

comercio asociativo con los restantes grupos pero asociables entre sí, las cuales constituyen una conciencia segunda, una división de la conciencia ocasionada por una “ruptura” en la cadena de representaciones, desalojando una y dejándola por fuera (1893, pág. 41). Es una definición que está en consonancia con la noción de urgencia subjetiva actual.

En Freud el trauma es constitutivo al sujeto, pues no hay sujeto sin trauma, en las urgencias subjetivas, el sujeto queda por fuera del discurso, aunque permanezca ligado al lenguaje. Se encuentra una paradoja, se habla de una desarticulación de la cadena significante, dejando al sujeto por fuera, una caída del sujeto, pero al mismo tiempo se habla del sujeto en la urgencia, ¿qué de lo subjetivo emerge en ese quiebre de la cadena? se entiende que en el acontecimiento de la urgencia algo de lo subjetivo surge, lo que emerge en la urgencia es para el psicoanálisis, motivo de intervención y escucha por la aparición de la angustia, se entiende por tanto que lo subjetivo es lo que se espera que emerja a partir del dispositivo de intervención, que se recomponga la cadena significante para que el sujeto pueda ser representado por lo simbólico.

La urgencia subjetiva es el encuentro con lo traumático, en el cual algo del decir no se articula, ese real que adviene y comanda al sujeto, lo angustia y lo imposibilita para darle un sentido, es el encuentro con el trauma psíquico originario, con el desamparo. Por eso la urgencia es angustia, no hay urgencia sin angustia, esta confronta al sujeto con el objeto, por tanto esta aparece como algo que debe resolverse de forma inmediata. La cadena significante que sostenía cierto equilibrio en el sujeto en los vínculos con la vida ya no lo sostiene, hay un desanudamiento, ocurre un imposible de soportar, una irrupción de lo pulsional. Así dice Lacan de esta irrupción donde lo que emerge es el objeto:

[...] a este nivel ni siquiera nos vemos obligados a tomar en cuenta ninguna subjetivación del sujeto. El sujeto es un aparejo. Este aparejo tiene lagunas y en esas lagunas el sujeto instaura la función de cierto objeto... es el estatus del objeto *a* en tanto está presente en la pulsión. (Lacan J. , 1964, p. 192)

El objeto de la pulsión se sitúa en una subjetivación acéfala, esto es, sin sujeto.

Parece por tanto que lo subjetivo en la urgencia hay que hacerlo emerger, anudar el S1 presentificado con los S2 siguientes, para recomponer la significación fantasmática, si el significante no se articula el sujeto no puede representarse, nos dice Eric Laurent citado por Belaga (2005). Es entonces del orden del dispositivo, se entiende la urgencia como una demanda, que sin palabras se dirige al Otro, desde el grito, de esta manera Lacan anuncia: “es el vacío el que primeramente se hace oír” (1953, pág. 241), desde el S1, siendo ya significante, pero desanudado de la cadena, que ha dejado por fuera al sujeto, sin asidero; se trata por tanto de causar el sujeto, de hacer amarre significante, para que el sujeto se pueda representar en sus decires y reconstrucciones fantasmáticas.

La urgencia con su particular forma de presentarse, en el apresuramiento, remite a la invención simbólica, a recomponer la palabra, se dirá con Lacan: “nada creado que no aparezca en la urgencia, nada en la urgencia que no engendre su rebasamiento en la palabra” (1953, pág. 235). Esto teniendo en cuenta que el médium para el psicoanálisis es la palabra del sujeto, este buscará “más allá de la palabra... la realidad que colme ese vacío” (1953, pág. 241), que aparece en el lugar del Otro del lenguaje, y dice Lacan a manera de pregunta ¿qué era pues el llamado del sujeto

más allá del vacío de su decir? Es un llamado propio del vacío, que puede tener efecto en el sujeto por la palabra, reordenando la subjetivación de manera retroactiva, pues siguiendo a Lacan el sujeto se reestructura en el a posteriori, es decir, opera *après – coup*.

4. ¿ES LA ADOLESCENCIA UNA URGENCIA SUBJETIVA?

Para esta investigación se hace necesario realizar una precisión de conceptos, tales como pubertad y la categoría “adolescencia”, intuyendo que la pubertad está más del lado de un organismo en transformación y la adolescencia pensada como una respuesta que el sujeto da ante lo intempestivo de la pulsión reanudada. Lo que implica una revisión bibliográfica sobre esto pesquisando los conceptos de trabajo psíquico, acto e impulsividad que comúnmente acompañan a este grupo poblacional.

La palabra adolescente en castellano, deriva del verbo latino *adolescere*: *crecer, desarrollarse*, formada además por *ad* (aproximación) y *alo* (nutrir, alimentar), en la vía de hacer crecer. Se entiende la adolescencia no como padecimiento, o un proceso donde se adolece o padece del mundo, desde esta acepción la adolescencia no es una dolencia, no es una enfermedad, este adolecer apunta a la carencia en tanto falta para ser adulto, pues se está en proceso de crecimiento, de ello se desprende *el que crece*, por el contrario, *adultus* es el pasado, el *que ya creció* (Bárcena, 2014, pág. 1).

En latín, el verbo *doleo*, está emparentado probablemente con el griego *deleo* (herir, dañar) significaría “doler, sentir dolor”. No obstante, la palabra *adolescentia*, en latín, proviene del verbo “*adolesco*”, que deriva de *ad* y *oleo* y su incoativo *olesco*. Este verbo expresa la idea de “el crepitar de los fuegos sagrados; los que llevan y transmiten el fuego; el crecer, desarrollarse, desenvolverse la razón, el ardor” (Valentini, 2011, pág. 1) Así el adolescente sería un portador del fuego de la

vida, de esa fuerza sexual por poner en movimiento. Así mismo, en la relación por homonimia del romano, *adolere* significa “hacer arder, quemar en sacrificio” (Valentini, 2011, pág. 1). Hay una perturbación en este pasaje hacia la vida adulta, la adolescencia está sujeta a pasiones, afectos que invaden el cuerpo en un ardor, a la manera de un estallido, es la entrada en escena del adolescente en el mundo.

Así, la deriva etimológica se ha dado históricamente a través del verbo castellano “adolecer” que ha venido a significar: carecer, faltar algo; resultado de *dolesco* (afligir, dolerse, caer enfermo). Esta etimología, que en castellano evoca por su sonoridad con el *adolescere*, *padecer*, *doler*, genera en el argot cotidiano una acepción con el duelo, el cual no parece tener relación íntima en su significado etimológico, no obstante, no se puede desconocer que en la adolescencia se transita una crisis, un movimiento, un pasaje que implica renunciaciones, duelos y asumir nuevas posiciones; o un despertar, como nos lo dice la bella pieza teatral de Wedekind: “El despertar de la primavera”.

Para el psicoanálisis la adolescencia no se inscribe en un grupo etario, tampoco es un tema propiamente psicoanalítico, es más bien una noción, una categoría social; no es posible encontrar en Freud y/o en Lacan una teoría de la adolescencia, –aunque ambos autores hacen uso del término soslayadamente– pues el psicoanálisis no pone el acento en el desarrollo, pero sí en la estructura. Sin embargo, es un asunto que ha inquietado a psicoanalistas de orientación lacaniana, particularmente por su condición de predisposición a la impulsividad y a las acciones violentas y desmedidas.

La adolescencia corresponde a un enigma, una pregunta inquietante que provoca malestar social, como un momento de quiebre, una ruptura, una separación entre la categoría niño y la categoría adulto, un ser que crece, según la etimología del término, el que hace un pasaje.

4.1. Entre la pubertad y la adolescencia: el sujeto

Freud, como estudioso de la pulsión, no podía dejar de lado el decurso que esta toma después de la latencia, esa eclosión más o menos intempestiva de la “segunda oleada pulsional” y que empuja a nuevas metas sexuales y nueva elección de objeto, de esta manera se interesa por la pubertad, momento de metamorfosis, de un organismo en transformación física y en movimiento pulsional y libidinal. La pregunta que se intuye en Freud es: ¿qué pasa en el sujeto con la pulsión en este momento de la vida?

Freud lee un *cuerpo – organismo* que empieza a responder a ese brote pulsional, un cuerpo ahora púber (con vello). La pubertad alude a un real, un organismo en transformación, pero que a la vez esto implica al sujeto, un llamado a realizar un trabajo psíquico.

Dice Freud

...la pubertad introduce un corte tajante en el desarrollo de la neurosis... La organización genital, interrumpida en la infancia, es reinstalada con gran fuerza. Empero sabemos que el desarrollo sexual de la infancia prescribe la orientación también al recomienzo de los

años de la pubertad. Por tanto... vuelven a despertar las mociones agresivas iniciales...

(1925, pág. 111)

Algo se desencadena en este periodo de la vida, un algo pulsional que se pone en movimiento, como signo de la pulsión que con fuerza emprende una conmoción después de la latencia, para dar el paso de la pubertad a la vida adulta, una gran parte de las nuevas fuerzas libidinosas, por vías de la regresión emergen con propósitos agresivos y destructivos, y dice Freud que en este período de la vida, “el yo se revuelve contra pulsiones crueles y violentas que son enviadas desde el ello a la conciencia, ni sospecha que en verdad está luchando contra deseos eróticos” (1925, pág. 111).

Mucho antes de este pasaje, Freud ya había abordado la cuestión de la pubertad como un período en el cual se reactivan las pulsiones sexuales, como un retorno a la sexualidad suspendida por el período de latencia, así en “Tres ensayos de teoría sexual” en el apartado “Metamorfosis de la pubertad” introduce el displacer que lleva consigo la tensión sexual, lo que entra a alterar la situación psíquica y opera por el empuje (*Drang*) de la pulsión: “un aumento de la tensión sexual que pronto se convierte en el más nítido displacer si no se le permite procurarse un placer ulterior”(1905, pág. 191).

Pero habrá una relación muy estrecha entre organismo, pulsión y cuerpo, para esta investigación se tendrá en cuenta el momento de la pubertad como un organismo en transformación física de un sujeto púber, un despertar pulsional que para el púber se le vuelve extraño, un sujeto producto de lo puberal, donde la pulsión urge en pos de su satisfacción, con una exigencia de trabajo, para hacer un nuevo uso de ella, y donde se pone en juego el encuentro con el Otro sexo. La

adolescencia se constituye entonces, como una respuesta que el sujeto da ante este empuje pulsional.

La pulsión hace pregunta en el cuerpo, obliga a responder desde algún lugar, bien sea sintomatizando, explotando a la manera de crisis. Si seguimos la definición que de pulsión nos da Freud, y que es re leída por Lacan en los términos de que ella es “el eco en el cuerpo de que hay un decir[...] y para que resuene ese decir es preciso que el cuerpo sea sensible a ello” (1975, pág. 18), así, diríamos que la pulsión hace de bisagra entre ese real del organismo cambiante, metamorfoseado y lo que el sujeto puede hacer con ella, poniendo en acto otros recursos psíquicos y discursivos, la pulsión entonces, siguiendo a Freud, es un estímulo para lo psíquico(1915, pág. 114) y funciona como una fuerza constante.

De esta manera, la pubertad introduce un tiempo de quiebre, una ruptura, y hace emerger el sujeto adolescente, este se enfrenta a una fractura de la imagen ya lograda en la infancia, el yo se resquebraja, una falla que requiere la construcción de una nueva imagen. Este sujeto se enfrenta con el decir en el cuerpo que intenta articular a la cadena significante, es ahí donde se construye el sujeto adolescente. La adolescencia se constituye en la respuesta que ese sujeto enfrenta en un tiempo de elaboración, haciendo uso precisamente de ese eco pulsional en desborde.

La adolescencia sin ser un tema de interés para Freud, tampoco la desconoce, hace referencia a los adolescentes, en los escritos breves de 1910, en “Contribuciones para un debate sobre el suicidio”, allí hace una reflexión sobre el lugar que ocupa la escuela en ese punto crítico del proceso del joven, se dirige a la escuela como referente que debe abstenerse de empujar al suicidio

y por el contrario infundir el placer de vivir y ofrecer apoyo en una edad tan proclive al acto, habla de jóvenes escolarizados y no escolarizados que han padecido algún trauma en la familia o en la escuela y que por tanto toman la opción del suicidio, y dice: “la escuela media es, para sus educandos, el sustituto de los traumas que los demás adolescentes encuentran en otras condiciones de vida”(1910, pág. 231), así describe a la adolescencia como “una edad en que por las condiciones de su desarrollo, se ven precisados a aflojar los lazos con la casa paterna y la familia” (1910, pág. 232).

En 1914, en su escrito como homenaje conmemorativo para el 50º aniversario del colegio donde pasó su bachillerato, el K. k. Erzherzog Rainer-Real gymnasium, vuelve a hacer referencia a los adolescentes y al trabajo psíquico en que se encuentran, allí se ocupa de hablar a sus maestros de antaño, de su época juvenil, entre los 10 y 18 años, así dice:

Entre las imagos de una infancia que por lo común ya no se conserva en la memoria, ninguna es más sustantiva para el *adolescente* y para el varón maduro que la de su padre. Una necesidad objetiva orgánica ha introducido en esta relación una ambivalencia de sentimientos [...] El varoncito empieza a salir de la casa y a mirar el mundo real, y ahí fuera hará los descubrimientos que enterrarán su originaria alta estima por su padre y promoverán su desasimiento de este primer (Freud, 1914, pág. 249).

Así se comprende que la adolescencia es un pasaje, existe como categoría social, es una existencia admitida en la cultura. Para Lacan es más un despertar. Lo que habitualmente se nombra como adolescencia parece ser un síntoma –por representar un enigma, un tiempo que hace pregunta

a ellos mismos y a los adultos— que emerge en ese período de la vida donde se ponen en juego tanto el cuerpo como la asunción de un lugar como sujeto. Es un efecto de discurso, lo que viene a referenciar que este proceso incluye al sujeto. Para Freud se trata de una división entre un asumir el carácter implacable de la existencia, por tanto se trata de un juego de escenificación de la vida, además Freud aduce que se trata de “individuos todavía inmaduros, a quienes no hay derecho a impedirles permanecer en ciertos estadios de desarrollo, aunque sean desagradables”(1910, pág. 232).

4.2. El adolescente: ese sujeto en movimiento

En la adolescencia se percibe un fuerte movimiento, un atravesamiento de un momento singular de la existencia, con la posibilidad de construir un síntoma, una separación, una ruptura.

Es este un movimiento pulsional, sin regulación y con mucha prisa, que irrumpe en apuro por desembarazarse de lo que lo indetermina frente al Otro. Ese quien soy para el Otro que se pone en escena, un empuje o un encuentro con lo real del Otro sexo. Es un tiempo donde la pulsión se reconfigura de una sexualidad solitaria por una sexualidad mediada por otro. Es un tiempo de tormenta y empuje —*sturm und drang*⁴— de poner en escena, en movimiento una fuerza germinativa, un impulso, rasgo del drang, que sabemos con Freud es el carácter de esfuerzo constante de la pulsión, un factor motor que está en relación con el apremiar, urgir, empujar, características

⁴El Sturm and Drang, es un movimiento artístico y literario en la Alemania del siglo XVIII condenado por irracional, con connotaciones de embate, impulso, pasión e ímpetu, que además generó toda una revolución en el mundo artístico ya que este movimiento le concedía a los artistas la libertad de expresión de su subjetividad, donde la pasión era superior a la razón. Los protagonistas de este movimiento fueron jóvenes que inauguraron lo absurdo e inesperado, lo inquietante, la producción más representativa de este movimiento fue el drama y la literatura de lo siniestro, de ahí la inspiración de Freud en su texto sobre lo ominoso, inspirado en un cuento de Hoffman, artista de la época.

esenciales del drang y que en la adolescencia se vive como ímpetu, fogosidad, la vida en toda plenitud, que aspira a aflojarse de cadenas en medio de la turbulencia.

El movimiento además es vacilante en cuanto a las identificaciones, así lo refiere Luis Izcovich: “La adolescencia corresponde a un momento en la existencia, marcado por la revuelta frente a los significantes amos y las consecuencias que implica, a saber la afinidad por la propuesta del orden establecido... el adolescente molesta porque no se somete” (2006, pág. 100).

Se trata de un movimiento en la adolescencia que abre interrogantes en el sujeto, en un momento lógico más que cronológico, donde el sujeto se prepara para asumir su orientación sexual, un reordenamiento libidinal unido a unas modificaciones corporales y lo que ello suscita, “el movimiento decisivo en la adolescencia es el encuentro con el goce fálico pasado por el cuerpo de un partenaire” (Izcovich, 2006, pág. 101). El encuentro con la sexualidad pone en entredicho si se tiene o no el falo, Lacan nos lo dice en la “Significación del Falo” al referirse a la función de nudo del complejo de castración en el inconsciente, refiere que hay una regulación del desarrollo a partir de “la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni siquiera responder a las necesidades de su partenaire en la relación sexual...” (1958, pág. 653), es asumir el falo como un significante, una presencia cuyo efecto da la razón del deseo. Es un tiempo de elaboración que hace el sujeto de su encuentro con el deseo del Otro y con la pulsión. Por ello se plantea como problemático el asunto de la estructura en la adolescencia, según Alexander Stevens dice que hay dificultades en términos de diagnóstico cuando de la estructura se trata, es un momento de la vida donde la estructura está más embrollada

por fenómenos que frecuentemente se nombran como crisis (2011). El sujeto adolescente tiene que elaborar la castración y re-anudar la estructura con la asunción del significante fálico.

4.3. El trabajo de la adolescencia:

En 1915 Freud da la definición de pulsión, como “una exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (1915, pág. 117), la concepción de trabajo en Freud está en conexión con el movimiento y el esfuerzo psíquico que se pone en el drang como motor cuyo carácter esforzante muestra la actividad, un movimiento del aparato psíquico redoblado ahora en la adolescencia. En la fuente de la pulsión, ubicado por Freud en lo somático está el punto de anclaje de la pulsión en el cuerpo, el órgano existe después de la erogenización del mismo, esto depende de la estimulación que para Freud supone una exigencia de trabajo para el aparato psíquico, algo a resolver, de ahí que se plantee que en la adolescencia el sujeto se ve obligado a hacer algo con la pulsión que empuja por su satisfacción, lo cual no es sin angustia. El trabajo en la adolescencia es una construcción, es un tiempo de elaboración subjetiva, lo que el adolescente tiene que resolver es la confrontación con la castración que se pone de manifiesto, lo que implica que el sujeto haya renunciado o sea capaz de renunciar a los objetos incestuosos.

Esta irrupción pulsional que demanda el fuerte trabajo psíquico por parte del adolescente, quien lo hace con vacilaciones, por ello es un verdadero trabajo de re-anudamiento de la estructura, “este re-anudamiento de la estructura no es sin angustia, es una necesidad de reelaborar sus elecciones de objeto. De allí la variedad de respuestas frente a la angustia. No se trata solo del síntoma o de

la inhibición, sino privilegiadamente del acting, del pasaje al acto y de los fenómenos mortificantes del cuerpo” (Etel, 2013, pág. 33).

Además todo el movimiento de la adolescencia en ese período de crecimiento, correspondiente al trabajo psíquico tiene un objetivo, liberarse de la autoridad de los padres, implica entonces el desasimio de las figuras parentales, lo que Freud elabora en su texto “La novela familiar del neurótico”, por ello el atravesamiento de la adolescencia presenta incidencias en la construcción subjetiva, los fuertes movimientos psíquicos suscitan una tendencia a la actuación, de manera violenta y disruptiva, donde los jóvenes o hacen un llamado sin palabras al Otro social para que intervenga y ordene, o donde el joven es puro desborde, se pierde desubjetivado, con respuestas precipitadas frente al empuje en un exceso inevitable, un evento que puede implicar rupturas con el vínculo y con efectos en la subjetividad.

Pero desde el psicoanálisis se sabe que la adolescencia como concepto contemporáneo, está del lado de una respuesta sintomática a unos cambios físicos y psíquicos que implican el despertar y por tanto un tiempo donde se juegan las elecciones. Así lo trae la psicoanalista Sonia Alberti (2006) en su texto “El adolescente, el discurso del amo y el discurso del analista”, la adolescencia es una elección del sujeto, este puede elegir atravesarla o no, es una respuesta de un sujeto neurótico, a la manera de un despertar, y agrega:

... el sujeto hace la elección sin darse cuenta de sus consecuencias. [...] sin contabilizar el precio que pagará por esa elección. Normalmente el sujeto se engaña, creyendo que no pagará ningún precio pero la única manera de elegir sin pagar un precio posterior es pagarlo

a la salida. Como elección del sujeto, la adolescencia implica pagar el precio de la separación de los padres y asumir que el Otro está tachado, está castrado. De este modo, no es posible pensar la adolescencia sin referirse a la castración, pues el trabajo que la caracteriza, es la tentativa de elaborar la castración de alguna manera (pág. 1).

Esta premisa es válida en tanto constituye una puesta en marcha del trabajo de elaboración subjetiva de quien se asume como adolescente, así, “la adolescencia es un trabajo de elaboración de la falta en el Otro” (2006, pág. 6), nos insiste Sonia Alberti, y eso se elige, se elige hacer esta elaboración o no, por ello las más de las veces incluye crisis o inhibiciones. Un movimiento del sujeto en este re-ordenamiento, proceso que implica la idea de trabajo psíquico, de anudamientos, elaboraciones y tramitaciones subjetivas, por tanto y de manera inevitable, la angustia, los desbroches y rupturas.

Con toda esa sintomatología en desorden, donde el adolescente está realizando un verdadero trabajo, implica un movimiento por hacerse a un lugar, a un nombre, una acción que abarca la constitución del sujeto, es un trabajo que inicia con el despertar. Pero y ¿de qué se trata este despertar?, alude a lo traumático, “en este tiempo es una irrupción de lo real, de lo imposible de saber ante la inminencia del encuentro con el Otro” (Goldber, 2013, pág. 35). Aquí se pone de manifiesto una nueva apuesta, por abordar la emergencia de algo frente a lo cual el saber falla, se presentifican signos del deseo del Otro, emergiendo la angustia. Este signo interpela en un lugar enigmático. El despertar es una irrupción de goce que sorprende y pone a trabajar.

La adolescencia es un producto del trabajo psíquico que realiza el sujeto. Está en la vía de hacerse cargo de su existencia, pero durante ese proceso el adolescente se presenta como quien padece distintas crisis y pone en evidencia modos singulares de relación al Otro. Lo que el adolescente intenta es que el goce del Uno se abra al Otro.

Es una verificación del fantasma lo que se pone en juego, nos dice Eric Laurent en el artículo “Fantasma y sexuación en la pubertad”(2003), es un nuevo uso del fantasma, este se pone a prueba al re-ubicar la causa de deseo en otro, un cuerpo que simboliza a Otro, se despierta la atracción hacia unos, no hacia cualquiera, bajo una condición erótica, lo que determina la elección de objeto. Se produce un amarre del objeto *a* con la significación fálica que se produjo en la infancia, se verifica en la segunda oleada pulsional –lo que Freud refiere como despertar– al ponerse en función el encuentro con el Otro sexo.

Se trata de un tiempo en el que el sujeto es interrogado por esa irrupción de goce en el cuerpo, que lo perturba y lo desborda. Un encuentro con un real, con el que aún no se sabe hacer. El sujeto adolescente se muestra así mismo como un extraño, un sujeto que debe volver a pasar por las elecciones planteadas en la infancia, así lo ratifica Etel Stoisa, (2013) psicoanalista argentina: “es un tiempo que demanda un nuevo uso del fantasma, modos de reabrir las elecciones infantiles respecto del síntoma y del fantasma, lo que se pone en juego es una implicación, una toma de posición respecto de la opción sexuada” (pág. 33).

4.4. Adolescencia y urgencia subjetiva

La fenomenología nos muestra a adolescentes que padecen cierto modo de errancia, hacen llamados en forma de acto impulsivo, un desorden puesto en el cuerpo, donde el cuerpo se vuelve el escenario privilegiado, en tanto cuerpo adolescente en fulgor, en metamorfosis, que aún no ha podido arreglárselas con ese real que es su cuerpo y su pulsión, por ello la libido deambula suelta, sin control, buscando la salida en actuaciones. Según Hebe Tizio, la adolescencia es un enigma para los adultos, quienes al no comprender el trabajo psíquico que estos realizan, se torna en un síntoma social, que enfrenta a los adultos con el no saber de una franja de edad y que llama a unas respuestas (Tizio, 2008). Estas respuestas intentan dar cuenta de cómo son los adolescentes pero en realidad funcionan como tapón que ayuda a hacer con el no saber y la angustia.

Nos referimos entonces a adolescentes que se encuentran en un momento de angustia, lo que se pone en juego es el fantasma que el sujeto había construido en la infancia es ineficaz, hay un desorden, una impulsividad que inscribe al adolescente del lado del exceso, del descontrol, de la exaltación, abriendo una brecha entre lo que son movimientos impulsivos, no como actos, pues la adolescencia se caracteriza por ese tiempo de prisa, de precipitación, y diríamos con Izovich: “el adolescente se sitúa entonces en una posición invertida a aquella del acto... él es el *antiacto*, de allí la prevalencia de los acting out, y los pasajes al acto en este período” (2006, pág. 104), una respuesta a la angustia, que conduce al sujeto desde la inhibición hasta la impulsividad.

Una vez hecho este recorrido sobre el trabajo psíquico de los adolescentes, embrollados entre lo pulsional, lo real, la angustia y la castración, asuntos que tiene a resolver, sabemos que las más

de las veces las salidas a esos impases del real y la angustia son a la manera de pasajes al acto o bien actings out, presentados bajo la forma de una urgencia.

Algunos psicoanalistas de orientación lacaniana se centran en el momento de la pubertad, momento del encuentro con lo real del cuerpo y de la pulsión, para hacer referencia luego a lo sintomático y lo inminente en la adolescencia, así para Ricardo Seldes la pubertad, es una disrupción, un acontecimiento que rompe con la homeostasis, por ello le confiere a esta afinidades con las urgencias subjetivas, y dice: “la pubertad es el momento de la vida más parecido a lo que llamamos urgencia subjetiva” (2008, pág. 117).

En la urgencia se verifica que hay un momento de ruptura en el sujeto, lo que hasta ese momento funcionaba como sentido de la vida ya no marcha, “el saber del que se dispone no alcanza y el fantasma, con el que se intenta armar una respuesta para lo que no puede saberse, se demuestra ineficaz” (Seldes, 2008, pág. 117). Es una puesta en funcionamiento del cómo hacer con ese real que se impone, al igual que en la adolescencia.

Continúa Seldes hablando de la pubertad, como un tiempo de tormenta y relámpago, “una irrupción de goce que cambia las cosas de golpe... tal como decimos con respecto a las urgencias subjetivas” (2008, pág. 118).

La adolescencia según Alexander Steven, es el momento de reconstitución de los síntomas y los fantasmas, estos dos conceptos son lo que Lacan llama puntos de capitón, de estabilización que el sujeto encuentra para estabilizar su existencia, y como en el encuentro con lo real del cuerpo en

metamorfosis el sujeto se ve desregulado, en desencadenamiento del síntoma y del fantasma, en ese momento de la existencia el sujeto busca una respuesta sintomática, estabilizante, por tanto la adolescencia para este autor es “el momento de la reconstitución de un nuevo síntoma y de la reorientación del fantasma” (2011, pág. 7), por ello tan característico el punto de desorientación en la adolescencia y la tendencia a poner en actos impulsivos la angustia que los acosa.

5. LA ANGUSTIA: DE FREUD A LACAN

“no hay acto verdadero que no implique el pasaje por el momento precedente de la angustia”(Lombardi, 2010)

Las recurrentes crisis de los adolescentes, en forma de actos impulsivos comportan emergencias de angustia donde responden con la descarga motriz. Discontinuidad, ruptura, no solo en el acto, sino en la subjetividad, en la temporalidad, se manifiesta por la aceleración en la dimensión de una urgencia, un tiempo de inhibición que precede al acto y que se apresura a un concluir.

Esta correlación que tiene la angustia con los pasajes al acto nos orienta en su indagación, concepto clave, fundamental en nuestra pesquisa, cuya manifestación se pone en evidencia bajo la forma de fenómeno clínico.

En este capítulo se pretende esclarecer el concepto de angustia tanto en Freud como en Lacan haciendo particular énfasis en el objeto en juego en la angustia. Se señalarán los principales postulados de la teoría de la angustia en Freud, y de lo que Lacan se sirve para apuntalarse en los análisis que hace respecto a ella.

Se sabe con Freud que es un afecto común a las neurosis, se evidencia como señal, huida, defensa, es una manifestación de la indefensión ante el apremio de la vida (ananké, urgencia); con Lacan, la causa de la angustia es el deseo del Otro, donde el objeto juega un papel fundamental ya que sostiene que la angustia no es sin objeto. Se procurará saber cuáles son los móviles de la

angustia en cada uno de estos autores, su articulación al objeto y lo que se pone en juego en los pasajes al acto.

Hay una relación entre angustia, acto y subjetividad: cuando hay presencia de la angustia es el objeto el que emerge, el sujeto ha respondido a la angustia con la pulsión puesta en acto, lo que produce un sujeto agujereado, oculto detrás del significante, es una subjetivación sin sujeto dice Lacan en el seminario 11 (1964, p. 191). La angustia orienta lo real implicado, aquello que no se puede fingir, orienta hacia lo real del sujeto, lo que lo desborda y hace de este una destitución de la subjetividad, quedando en posición de objeto para el Otro, cuando no se sabe que objeto *a* sé es para el Otro.

5.1. Reflexión en torno a la angustia en Freud:

En este apartado nos interesa abordar la tesis fundamental de la angustia en Freud, se pretende una articulación con el caso clínico de la joven homosexual, de 1920, y pesquisar cuál es la dimensión del acto aquí.

El problema de la angustia aparece en Freud con insistencia en sus elaboraciones teóricas, tomada como el centro de interés en lo referido a las neurosis; es una construcción que se puede leer a lo largo de sus textos. Inicialmente plantea la angustia como una libido no ligada, a causa de la insatisfacción sexual, un afecto que deambula sin una representación que lo anude, busca su descarga en angustia, como descarga motriz; esta primera formulación está en su correspondencia con Fliess (1894).

Es el comienzo de la teoría, donde Freud ha afirmado que la angustia es producto de la represión, lo que acontece con el afecto adherido a la representación reprimida, el destino más inmediato de este afecto es el de ser mudado en angustia, siendo así la parte más importante del proceso represivo. Entonces, la angustia es un estado afectivo, que determina sensaciones de placer y displacer.

Más adelante en la conferencia 25 (Freud, 1916), continuando con sus investigaciones sobre la angustia, diferencia la angustia realista de la angustia neurótica, siendo la primera una reacción frente a la percepción de un peligro exterior, aquí la angustia es una manifestación de la pulsión de autoconservación toda vez que comporta la huida, dice de ella que es racional y adecuada.

En este punto de la teoría, la angustia es una preparación ante el peligro, por tanto manifiesta un aumento de la tensión sensorial y motriz, preparación para la huida y la defensa activa, así introduce Freud la concepción de la angustia como señal, es la que él llama angustia realista.

La angustia neurótica es un estado general, hace referencia a la angustia flotante, expectante o lo que nombra como *expectativa angustiante*. Otra de las formas de la angustia neurótica es la angustia psíquicamente ligada, anudada a ciertos objetos o situaciones, aquí ubica Freud las fobias vinculadas a un peligro externo. Al parecer no hace mucha diferencia con la angustia que se genera a partir de un objeto externo, sin embargo, percibe que este tipo de manifestación de angustia ligada a un objeto fóbico tiene en su trasfondo una causa neurótica; ya intuye que el objeto debe de ser otro, del que no se sabe.

La tercera forma de angustia neurótica plantea un enigma: es un estado de angustia incomprensible, de carácter enigmático y como carente de fin, se percibe sin un peligro exterior.

Es una concepción de la angustia como un afecto no engañoso, dadas las manifestaciones físicas puestas en el cuerpo: disnea, taquicardia, sudoración; sin embargo, para Freud está claro que la angustia se anuda estrechamente al sistema inconsciente.

5.1.1. El objeto de la angustia:

Es en este punto del recorrido y en el anudamiento con la neurosis, donde Freud se hace la pregunta ¿de qué se tiene miedo en la angustia neurótica?, se cuestiona por el objeto de la angustia, al plantear “si hay angustia, tiene que existir también algo frente a lo cual uno se angustie” (1916, pág. 369).

Sutilmente se ha comprendido la angustia freudiana como sin objeto, contrario a la reconocida formulación lacaniana *la angustia no es sin objeto*, adjudicada a este como una revelación que no se comprende en Freud. Sin embargo es la pregunta por el objeto en la angustia la que lleva a Freud a tratar de hacer el nexo entre angustia neurótica, que es libido aplicada de manera anormal, y la angustia realista que corresponde a la reacción frente a un peligro real. Estamos aún en la conferencia 25, donde Freud hace conjeturas, nuevas hipótesis, indaga y plantea: el yo trata su libido como un peligro, siendo interno lo pone como externo, la angustia que emerge no puede sino haber salido de la libido interna, no externa. Ya plantea que en la angustia, si bien el objeto

no es ubicable como en el miedo o en las fobias, si hay un objeto pero que no se sabe cuál es, toda vez que es interno, y que puede percibirse por el yo también como peligro.

Pero ¿cuál es el peligro de la angustia? Es un peligro pulsional, con una exigencia real; podríamos decir con Freud que este corresponde a un sentimiento ominoso *Unheimlich* (1919), de esta *palabra – concepto* dice, articulando lo ominoso y lo angustioso, que es una inquietante presencia, algo que estaba velado sale a la luz, algo que está destinado a permanecer en lo oculto. Aquí al parecer ya está hablando del objeto de la angustia, ese objeto no localizable y que aborda de alguna manera el objeto del deseo, perteneciente al orden de lo terrorífico, es lo que excita angustia y horror, es de carácter escondido, ajeno o extraño. Son secretas fuerzas trasladadas del terreno del animismo.

Freud (1919) hace diferenciar algo ominoso dentro de lo angustioso y dice: “Lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (pág. 220). Este *unheimlich*, secreto que se evidencia, es un retorno, “una repetición no deliberada que vuelve ominoso algo en sí mismo inofensivo y nos impone la idea de lo fatal” (pág. 237). Aún está Freud en su concepción de la angustia como efecto de la represión, y dice “si la teoría psicoanalítica acierta cuando asevera que todo afecto, de una moción de sentimientos, de cualquier clase que sea, se trasmuda en angustia por obra de la represión... eso angustioso es algo reprimido que retorna” (pág. 240). Es justamente lo ominoso, lo familiar pasa a ser no familiar, desconocido, por la represión, por ello el énfasis en que algo destinado a estar en lo oculto sale a la luz. Por eso Freud pone un particular énfasis en el *un* del *unheimlich* como la marca de la represión.

Sin duda Freud está apuntando a un objeto, algo del orden fantasmático, real. Esa angustia se debe a su cercanía respecto a la castración, frente al vacío, con contenidos de fantasías terroríficas, sin embargo “se tiene un efecto ominoso cuando se borran los límites entre fantasía y realidad, cuando aparece ante nosotros como real algo que habíamos tenido como fantástico” (1919, pág. 244).

5.1.2. De la angustia a la represión: en inhibición, síntoma y angustia

Hay que esperar hasta "*Inhibición, síntoma y angustia*" de 1925 para que Freud retome sus formulaciones y avance en sus postulados, conquista un paso más en su teoría de la angustia, conceptualizada en principio como *reacción ante una situación peligrosa* o señal de alarma ante un peligro interno, como amenaza pulsional, o externo que genera la angustia de castración.

Freud hace un giro completo en sus postulados teóricos puesto que ya no es la represión quien produce la angustia sino la angustia quien causa la represión. Hace una inversión en su tesis, ahora la angustia está en el origen de la represión.

Pero ¿por qué este giro en la teoría? Qué hace que Freud abandone sus postulados primeros sobre: *la represión engendra la angustia* y se centre en lo contrario, es *la angustia la que engendra la represión*. ¿Cómo explica este movimiento?

Dice Freud que los primeros estallidos de la angustia se producen antes de la diferenciación del superyó, además aduce sobre la represión que está “cuando una percepción externa evoca una

moción pulsional desagradable” entonces sabemos de la estrecha relación que existe entre la angustia y la represión, siendo esta un recurso del que dispone el yo para defenderse de lo pulsional desagradable, el cual puede ser un elemento hostil hacia un objeto de amor. Es necesario precisar que desde esta perspectiva, Freud está aún en la vía por esclarecer el objeto de la angustia.

Cuando analiza las fobias más a profundidad como en el caso del pequeño Hans y del Hombre de los lobos, se entera de que el objeto fóbico se puede concebir como un síntoma, formado precisamente para evitar el desarrollo de angustia, termina afirmando que *la angustia de castración* es el motor de la represión. La actitud angustiada del yo es una señal de lo primario, así precisa contundentemente: “la angustia nunca proviene de la libido reprimida” (Freud, 1925, pág. 104).

No está claro aún en este momento teórico, el síntoma de las fobias, pues asegura que si bien hay una angustia de castración que genera represión, la angustia de las fobias es una angustia yoica, nace en el yo, no es producida por la represión, Freud aún pone este tipo de angustia como realista, es un peligro inminente y externo, considerado real. ¿Entonces cuáles son los orígenes de la angustia?, ¿qué la provoca? no reduce los orígenes de la angustia a uno solo, continúa en una dualidad frente a la angustia externa con objeto que la moviliza y la que proviene de otro lugar. Está aún en la vía por esclarecer el objeto de la angustia.

Tratemos de avanzar en esta indagación para comprender ese punto nudoso y oscuro que nos presenta Freud frente al objeto de la angustia y su nexa con la castración. Para Freud el motor de la represión en las neurosis proviene del proceso de disolución del complejo de Edipo, en cuyo

transcurso se desarrolla la angustia de castración. Es como si la angustia brotara por “una suerte de fermentación a partir de la investidura libidinal perturbada en su decurso” (1925, pág. 117).

Tanto en los varones como en las mujeres, el peligro es de ser castrados, aunque afirma Freud que en las mujeres no se puede hablar de angustia de castración, porque en ellas ya está efectuada esta, por ello se centra a hablar del temor a la pérdida, que en los varoncitos se presenta como angustia de castración y en las mujeres es la angustia por la pérdida de amor.

Apenas el pequeño percibe una señal de peligro de castración, el yo se manifiesta dando como señal la angustia, por tanto esta es una defensa de la castración, que se presenta bien sea a la manera de huida o de inhibición.

Por eso en la fobia, termina por comprender Freud, el objeto es una representación del padre como agente de la castración, es un objeto externo pero que de alguna manera está disimulando el objeto que está interno, esto le permite al yo moderar el desarrollo de la angustia. No obstante, Freud pesquisa una vez más que el asunto no es tan simple y parece que se acercara a hablar de la angustia como una sola, intuye que la fobia conserva un carácter proyectivo, donde se está sustituyendo un peligro pulsional interior por uno exterior, en este caso la huida no sirve de nada, tan solo es una evitación. En esta medida la angustia sería solo una *señal afecto*, para Freud esto no es suficiente, pues, es la reacción afectiva del yo frente a un peligro, argumenta así que, “la exigencia pulsional no es un peligro en sí misma, lo es porque conlleva un auténtico peligro exterior, el de la castración.” (1925, pág. 120)

Resuelve el problema frente a la angustia realista, esta termina siendo en el fondo la misma angustia, como si al anudar un objeto fóbico, no se estuviera recurriendo más que a un disfraz de una angustia que está más allá, en la que el objeto no aparece, ya que el contenido de esta permanece inconsciente, solo deviene consciente en una distorsión.

Así, confirma Freud que el motor de la formación de síntomas es “la angustia del yo frente a su superyó. La hostilidad del superyó es la situación de peligro de la cual el yo se ve precisado a sustraerse” (1925, pág. 121), aquí el peligro está interiorizado.

5.1.3. Angustia por separación: el desamparo

Hasta este punto ha llegado Freud con sus formulaciones en Inhibición síntoma y angustia, apuesta entonces una nueva concepción de la angustia, vislumbra que esta no se restringe a ser solo una *señal-afecto*, es también producida como algo nuevo, un yo que se pone sobre aviso de la castración, a través de pérdida de objetos repetidas veces, se trata pues, no solo del peligro de la castración, sino también la reacción frente a una pérdida, una separación.

Es una indicación freudiana en torno a la angustia, la conecta con el acto del nacimiento, aquí aparece una nueva arista, *la angustia traumática*, la cual diferencia de la angustia señal. La señal de peligro anuncia la inminencia del trauma, que implica la separación o pérdida de un objeto amado.

Freud nombra como peligros capaces de provocar una situación traumática el nacimiento, donde aparece la angustia por la separación, la pérdida del amor del objeto, y la pérdida de amor del superyó.

Insiste entonces, al retomar su esbozo inicial en la conferencia 25, sobre *la separación*, en que la angustia causada por la separación revela un particular estado de desvalimiento y una necesidad de un yo auxiliar al que el niño acude para soportar su condición de desamparo.

El afecto de angustia tiene que ver con un núcleo de repetición, de una determinada vivencia significativa, poniendo el énfasis en el *acto del nacimiento*, dice Freud:

...en el que se produce ese agrupamiento de sensaciones displacenteras, mociones de descarga y sensaciones corporales que se han convertido en el modelo para los efectos de un peligro mortal y desde entonces es repetido por nosotros como estado de angustia (1925, pág. 126).

Es desde este postulado que Freud afirma que la primera angustia fue una angustia tóxica, es una falta de aliento -*angst* – *angostamiento*- una situación real que se reproduce en el afecto, un estado que se origina en la separación de la madre, esta separación es el factor causante de la angustia, es el objeto de amor que se echa de menos.

Dice así, “el acto del nacimiento es por lo demás la primera vivencia de angustia y en consecuencia la fuente y el modelo del afecto de angustia” (Freud, 1925, pág. 89). Es una angustia

provocada por la separación de la madre. A partir de esta idea Otto Rank se apuntala para plantear su teoría del trauma del nacimiento.

Ya desde 1909 en una nota al pie de la interpretación de los sueños dice Freud que el acto de nacer es la primera experiencia de angustia, y por tanto la fuente y prototipo de esta. Otto Rank se apoya en esta idea para desarrollarla y hace de la angustia el factor determinante del desarrollo mental del individuo, último fundamento biológico de lo psíquico. Nombrado como traumatismo de separación, o trauma del nacimiento, este se tornó en un tema controvertido entre Freud y Rank. Para este último el momento del nacimiento genera una impresión tal que el neurótico guarda toda la vida bajo la forma de trauma primitivo y en un estado de angustia aflora esta impresión inconsciente.

Freud da soporte inicialmente a esta idea, y la fundamenta en las alusiones que hace a la representada en lo cotidiano de desprendimientos (como en el caso de las heces), de la pérdida del pecho materno por el destete, y reitera, “la primera vivencia de angustia en el ser humano es la del nacimiento, la separación de la madre [...] podría compararse a una castración de la madre de acuerdo con la ecuación hijo=pene” (1925, pág. 123).

Pero Freud no se contenta con esta indagación por la angustia, y emprende un nuevo análisis, dice: el nacimiento no es vivenciado subjetivamente como una separación de la madre, esta es ignorada por el feto como objeto, enteramente narcisista, y continúa, las reacciones afectivas frente a una separación que resultan familiares se sienten como dolor y duelo, y no como angustia. Por ello refuta entonces el postulado de Rank, al parecerle carente de pruebas y arbitraria en su

interpretación, pues no todos los niños nacen por esas vías normales. Además la representación de los peligros infantiles en las fobias, no admiten una reconducción a la impresión del acto del nacimiento.

Entonces ¿cuál es la esencia de la angustia? A Freud no le interesa la fisiología de la angustia por ello es un afecto no tan simple de asir. La angustia es un estado displacentero, que genera una descarga, la angustia que se presenta como una reacción frente a la pérdida del objeto.

Respecto a la pérdida de objeto, Freud alude a la añoranza de la percepción de la madre cuando no está, porque sabe que es ella quien satisface sus necesidades, por tanto lo que el pequeño estima como peligro es la insatisfacción, “el aumento de la tensión de necesidad” (1925, pág. 130), es la ausencia de la madre la que deviene como peligro.

La pérdida del objeto como condición de la angustia persiste por todo un tramo. También la siguiente mudanza de la angustia, la angustia de castración que sobreviene en la fase fálica, es una angustia de separación y está ligada a idéntica condición. El peligro es aquí la separación de los genitales (Freud, 1925, pág. 131)

Es una sensación de desvalimiento, por la pérdida de objeto, el peligro de la castración que mueven al yo a la reacción de angustia, “el yo es el genuino almácigo de la angustia.” (Freud, 1925, pág. 132)

Esta angustia de castración un poco diferente en la niña quien hace investiduras tiernas del objeto, en estos casos parece ser que la situación de peligro es comprendida de otra manera, la

pérdida es asumida de otra manera, “más que la ausencia o la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto (Freud, 1925, pág. 135)” esta desempeña una función fundamental en la aparición de angustia en la mujer.

Freud distingue la pérdida del amor del objeto y la amenaza de castración son peligros que vienen desde afuera, no son peligros pulsionales, estas mociones pulsionales pasan a ser “condiciones del peligro exterior y peligrosas ellas mismas.” (1925, pág. 137)

5.2. Sobre la angustia en Lacan: de los tres de Freud a los tres de Lacan

En el texto freudiano de 1925 Inhibición, síntoma y angustia, Freud hace un amplio recorrido por la angustia como afecto representante de lo pulsional que tiene una exigencia real. Se tomarán ahora planteamientos lacanianos para hacer una aproximación a lo real de la angustia.

Freud termina su texto de Inhibición, síntoma y angustia planteando en la adenda (1925) dos posibles tratamientos que hace el sujeto frente a la angustia, son salidas o reacciones de esta:

- Uno de los tratamientos que hace el sujeto cumple una acción protectora, al percibirse un peligro pulsional el yo huye, bien sea en la inhibición, esto es, la parálisis de la acción, con un nexo particular en alguna función del yo. Aquí se puede ubicar la evitación como una respuesta a la angustia como señal, una forma de neutralizar la angustia o evitar el desarrollo de esta. Es una forma de evitar la castración, de enfrentarse a ésta huyendo.

- Otra es la salida afectiva, la que llama Freud el estallido de angustia, podría pensarse como la puesta en acto de la manifestación angustiosa, o una manera de liberarse de esa carga libidinal que no se amarra a una representación, es una angustia desmedida. Aquí se presenta el sujeto con su angustia pura, se presenta el sujeto totalmente tomado en su ser o arrasado por la angustia. La que excede la pantalla del yo, ya no es más angustia señal, es angustia pura. Expone al sujeto frente a la castración misma.
- A pesar de que Freud nombra solo dos formas de tratamiento, se puede pensar una tercera forma en la que el sujeto hace frente a la angustia: el síntoma, el cual es un intento de resolver o solucionar el problema que plantea la angustia.

¿Qué hace Lacan con la fórmula freudiana “la angustia es señal”? Para Lacan la angustia toma relevancia en la clínica, se pone en evidencia como un real que emerge en afecto. Se sabe que el lugar que ocupan los afectos en el psicoanálisis, permiten hacer lectura del discurso del sujeto, de qué lado está el sujeto que habla cuando habla, cuál es su posición en el mundo. De la angustia, afecto que no engaña, que no miente, dice Lacan, es señal de lo real, correlativa de la desaparición del significante. Sin embargo, antes de esta definición de la angustia, Lacan, la ha ubicado como señal del deseo del Otro.

El objeto juega un papel fundamental con relación al fantasma, y dice: aquello que ha caído del sujeto en la angustia es el objeto *a*, el que designa como causa del deseo, quedando el sujeto en posición de objeto del Otro. Así habla del grafo del deseo y ubica a esta en el plexo solar⁵,

⁵Esta concepción de Lacan sobre la angustia, en este momento de su formulación guarda relación con la concepción freudiana de la angustia señal cuando Freud la describe como una manifestación fisiológica.

referenciando aquello que asfixia. De esta manera empieza Lacan a introducir la relación esencial de la angustia con el deseo del Otro, en tanto el sujeto se estructura en la relación con el significante, ¿qué me quiere? Es la pregunta por el lugar en el Otro, en el deseo del Otro, aquí se introduce la función de la angustia, pesquisarla en la clínica permite una orientación sobre lo real en juego.

Las mayores elaboraciones sobre la angustia las alcanza Lacan en su seminario 10, donde aborda la pregunta por ésta con varias formulaciones: la angustia es señal del deseo del Otro, es lo que no engaña, no es sin objeto, es de lo real; va entonces del deseo a lo real.

¿Qué quiere decir Lacan con que la angustia es señal del deseo del Otro? esto es lo que significa para el sujeto la presencia del Otro, pero ¿en qué tiene que ver con el deseo? En la medida de lo que falta, por ello Lacan pone aquí el sujeto dividido en una relación de dependencia respecto al Otro, al Otro como significante. El sujeto tiene la necesidad de ser reconocido, sin embargo el Otro “instituirá algo, designado por *a*, que es de lo que se trata en el plano de aquello que desea... allí donde soy reconocido, no soy reconocido sino como objeto”(Lacan J. , 1962, pág. 33).

Luego retomará el texto de inhibición, síntoma y angustia que Freud abordara en 1925, para hacer unas reformulaciones respecto a la angustia, e introducir la relación de la angustia con los otros dos elementos: la inhibición y el síntoma, además articula en esta reformulación el acting out y el pasaje al acto.

Lacan ilustra las relaciones entre inhibición, síntoma y angustia con el siguiente cuadro, donde además introduce otros elementos que completan una lógica, orientados según dos vectores: el del movimiento y el de la dificultad.

			Dificultad
Movimiento	Inhibición	Impedimento	Embarazo
	Emoción	Síntoma	X
	Turbación	X	Angustia

La inhibición opera como una renuncia, en tanto detiene una función del yo, se trata de la detención del movimiento en el vector vertical. En el vector horizontal se encuentra la dificultad, y esta con relación al impedimento, “de eso se trata... están inhibidos, impedidos”,(1962, pág. 18) dice Lacan el sujeto ha caído en la trampa, e impide no el movimiento ni la función, si no al sujeto; de ahí que el impedimento este en la misma columna que el síntoma, estar impedido es un síntoma, que hace que el sujeto se impida avanzar, es una captura narcisista, esa es la trampa, una defensa frente a la castración, el falo permanece revestido autoeróticamente.

Yendo más lejos y avanzando en el cuadro se encuentra la columna del embarazo, donde “imbaricare” dice Lacan alude a la barra (bara), un sujeto barrado, así el embarazo está en relación a la angustia. Un sujeto embarazado de lo real, con lo que no sabe qué hacer, por tanto se presenta perplejo, “un sujeto revestido con la barra... cuando uno ya no sabe qué hacer con uno mismo”(1962, pág. 19), es allí donde el sujeto se ve frente a una forma ligera de la angustia, abocado a encontrar una salida a la obstrucción que haya frente a lo real.

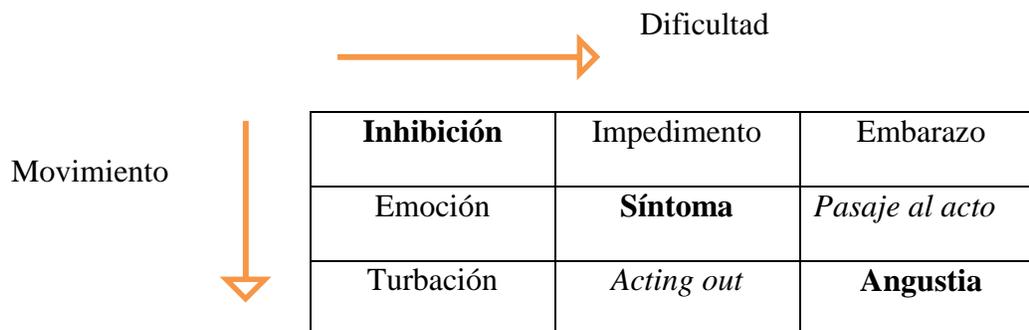
En el eje del movimiento, donde también se inicia con la inhibición, de manera vertical (hacia abajo), se encuentra la emoción, la cual desde su etimología se refiere al movimiento, y es el de “arrojar fuera”, es la reacción catastrófica. Lo que responde a nivel de la angustia en la casilla siguiente es la turbación (émoi), pero esta no tiene que ver con la emoción, “la turbación es trastorno, caída en potencia... es trastorno... el trastornarse más profundo en la dimensión del movimiento”. (Lacan J. , 1962, págs. 21-22)

Vienen a aparecer los espacios vacíos del cuadro, dice Lacan son los espacios que tiene mayor interés en cuanto al manejo de la angustia, estos están como ocupando una forma particular del acto, en respuesta a esa salida que el sujeto se ve impelido a resolver.

Desde esta perspectiva y siguiendo a Lacan en lo planteado en relación con la angustia como un afecto que no engaña, esta viene a anunciar lo real en juego, con relación a un despliegue en acto. Debajo del síntoma ubica el acting out, como un mensaje cifrado al Otro. Entre embarazo y angustia ubica allí el pasaje al acto, como una forma de hacer con la angustia, de resolverla, un corte, una ruptura, por ello lo anuda en el seminario RSI(1974), como lo real que invade lo imaginario, quedando lo simbólico por fuera, “en la angustia no hay red significante, cada eslabón... no tiene otro sentido que el de dejar el vacío donde está la angustia”(1962, pág. 18)

La angustia es un afecto y uno muy especial, que no engaña, por ser de lo real, desde Freud se sabe que los afectos no son reprimidos, andan sueltos sin una representación que los anude, ¿cómo

pensar entonces la relación del afecto con el significante? ¿Cuál es la llave que abre la función del significante en esta ruptura y pone a eslabonar nuevamente el tejido de la red significante?⁶



Pero Lacan insiste en la pregunta ¿cuándo surge la angustia? Para responderse desde el lado freudiano con el Umheimlich, lo siniestro, como el eslabón indispensable para abordar la cuestión de la angustia, lo que surge en el lugar donde debería estar la falta: la presencia real del objeto *a*, es cuando la falta viene a faltar.

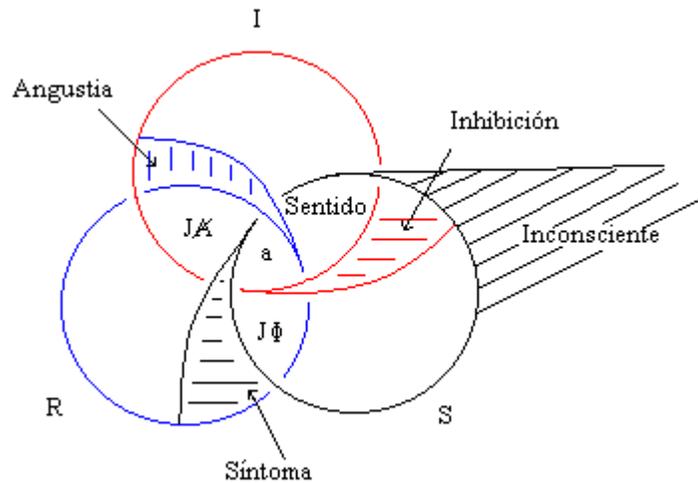
En el lugar del *a*, lugar del Heim (la casa del hombre), lugar de la aparición de la angustia, está el fantasma, la relación del sujeto barrado (\$) con el objeto causa de deseo, que es lo que le sirve al neurótico para defenderse de la angustia, es como dice Lacan un *a* postizo. Cuando el fantasma deja de funcionar, no opera emerge la angustia.

Es en 1974, en RSI, donde Lacan hace la relación entre la inhibición, el síntoma y la angustia freudiana con lo real, lo simbólico y lo imaginario, sitúa la angustia entre lo real y lo imaginario,

⁶ La relación del pasaje al acto con el significante se aborda en el capítulo 6.

esto es, la angustia está por fuera de lo simbólico, es sin el significante, lo real que invade lo imaginario, quedando lo simbólico por fuera.

En el anudamiento de estos tres registros, que dan cuenta de la estructura, ubica cada uno de estos anillos relacionándolos con una particularidad, lo imaginario en la consistencia, lo simbólico en el agujero, y lo real como lo *ex-sistente*, lo que está por fuera. Así la angustia está entre la consistencia y el agujero.



Ubica el objeto a en el centro del nudo, como un vacío central, y la angustia por tanto como un desborde de lo real sobre el redondeo de lo imaginario. Dado que la angustia no es sin objeto, hay una aproximación también a este vacío.

Se observa en el gráfico entre los anillos real e imaginario, donde se produce la angustia al haber un desborde de lo real sobre lo imaginario, una presencia insoportable de lo real, también

allí se anuda el goce Otro. Aparece bajo la forma de desborde de goce, algo que se ha escapado a la significantización, no aprehensible, ni simbolizable, no se representa como una pérdida de goce sino más bien como una recuperación de goce, se puede pensar la posición angustiada del sujeto como una forma de recuperar algo de lo real no cernido por el significante.

Así, entre lo real y lo imaginario, Lacan muestra una dimensión de la angustia donde el objeto amenaza con hacerse presente todo el tiempo, en un exceso de goce. De ahí que diga que la angustia es porque falte la falta(1964), de que el objeto se haga presente en el lugar de la falta, de esta manera para Lacan la angustia es un correlato del objeto *a*.

En los tres freudianos –inhibición, síntoma, angustia– Lacan inicialmente los ha colocado como intrusiones o desbordes de un registro sobre otro. Así, el síntoma se sitúa como efecto de lo simbólico en lo real, la angustia como un desborde de lo real sobre lo imaginario -del cuerpo- es lo real que se pone en el cuerpo, bajo la forma de manifestación fisiológica, algo que aprieta, ahoga, paraliza al sujeto en lo real del cuerpo, y la inhibición como una detención producida por la intrusión de lo imaginario en lo simbólico.

Desde la clase única que Lacan dictó sobre los nombres del padre, conocido como 10 bis, ha conectado este seminario con el de La angustia, desde el principio está anunciando que la angustia es un afecto del sujeto, ese que está determinado por un efecto del significante. Esta no engaña en tanto anuncia algo de lo real y la relación del sujeto con el Otro: “aquello por lo que el sujeto está afectado en la angustia es el deseo del Otro” (1963, pág. 1).

En este seminario Los Nombres del Padre, Lacan introduce el estatuto de la nominación, como una función del Nombre del Padre (1963), y habla de nominación simbólica, real e imaginaria, correlacionados con el síntoma, la angustia y la inhibición. Los tres registros los articula a la nominación, para introducir un cuarto, este cuarto anuda Real, Simbólico e Imaginario. Es el Nombre del Padre como cuarto, que hace un anudamiento más estable, cuya estabilidad la da precisamente la nominación. El nudo viene como instrumento que le permite hacer amarre de lo simbólico, lo real y lo imaginario como soporte de la estructura del sujeto.

¿Cómo pensar el cuarto nudo que reanude la estructura y la cadena significativa que se ha roto? ese cuarto nudo o nominación, requiere de lo simbólico lo cual produce un efecto en lo imaginario y este una detención de lo real, dando la consistencia nuevamente al nudo. Es en la singularidad de la apuesta de cada sujeto, de sus elaboraciones del a posteriori de su acto, donde este puede hacer uso de los recursos simbólicos con que cuenta o de la invención posible frente a lo real, que haga de amarre y de canalizador del goce desbordado en ese real que se ha hecho presente. Por ello se plantea convocar la palabra del sujeto para que emerjan esos significantes que amarran. Nieve Soria Dafuncho (2008) dice de ese cuarto nudo posible como algo que pone en juego dos funciones “la función del padre y la función del síntoma” (pág. 20), es una función paterna en el nudo.

En la topología de los anillos real, simbólico e imaginario, donde la angustia que ha ubicado Lacan entre lo real y lo imaginario, se tiene que el registro imaginario es indispensable para que la angustia no se vuelva insoportable, restablecer el sentido, puede anudar nuevamente. Una de las funciones del Imaginario es recubrir lo real –núcleo sexual del inconsciente– para que la angustia

no deshaga el nudo *RSI*. Así el imaginario hace de límite a lo real de la angustia para que no invada el cuerpo.

5.3. Consideraciones sobre la angustia y el acto de la joven homosexual

Después de este recorrido somero sobre la angustia en Freud y en Lacan, se tratará de construir las coordenadas del evento que desencadenó la angustia en el caso de la joven homosexual expuesto por Freud en 1920, y que toma como material clínico en tanto es una adolescente que vivió una puesta en acto de la angustia; para ello se precisa destacar los momentos fecundos que nos aproximan a comprender el acto impulsivo en esta joven.

Relata Freud el caso de una joven de 18 años, a la que sus padres le llevan, por presentar desviación en la orientación sexual, esta joven se interesa por una mujer 10 años mayor que ella y de mala reputación: “la dama”, a la que persigue hasta provocar el disgusto de sus padres. De la familia se sabe que el padre es hombre riguroso y trabajador, la madre, una mujer todavía joven y poco interesada en la hija, a quien ve como una incómoda competidora, procura mantenerla alejada del padre.

Juzgada por sus padres como un “ser vicioso, degenerado y enfermo mental” (Freud, 1920, pág. 142), no escatima en exhibirse con la dama por las calles que transita comúnmente el padre. El pasearse por las calles con esta mujer de mala reputación y el interés insistente por el sexo femenino, despiertan el enojo y el rigor del padre. Hace una constante provocación dirigida a este.

¿Por qué? Si siempre había dejado ver una manifestación tierna hacia su padre, ¿qué hace que esta joven le dirija ahora todo este desafío?

5.4 La angustia como caída

A los 13 ó 14 años, dice Freud, la joven presenta un fuerte deseo de ser madre, deseo no efectuado toda vez que se presentaba como un deseo inconsciente e incestuoso hacia su padre, con la expectativa de esperar un hijo de él, equivalente fálico en su proceso edípico.

Teniendo esta joven ya 16 años, la madre queda embarazada, aquí aparecen los conflictos familiares, la joven toma el desvío hacia mujeres maduras al sentirse decepcionada por el padre.

Se vislumbra un primer momento, una primera caída del amor del padre, del lugar que pretendía ocupar en sus fantasías. Siendo una bella joven a quien su padre la defraudó al darle un hijo a la madre y no a ella, *desencadena la homosexualidad*, su deseo lo dirige hacia mujeres maduras, la amada corresponde a un sustituto materno. Como una forma de irritar al padre, de vengarse de él por su desilusión toma la posición masculina de cortejar a la dama y pasearse con ella ante la posibilidad de ser vista por este. Es un acto mostrativo dirigido a provocar al padre, un acting out.

La situación es la siguiente:

...un día sucedió lo que en esas circunstancias tenía que ocurrir alguna vez: el padre topó por la calle con su hija, en compañía de aquella dama que se le había hecho notoria. Pasó

al lado de ellas con una mirada colérica que nada bueno anunciaba. Y tras eso, en seguida, la muchacha escapó y se precipitó por encima del muro a través de las vías del ferrocarril metropolitano que pasaba por allí abajo. (Freud, 1920, pág. 142)

Ese primer evento sumando a una segunda pérdida -la de su amada- son motores de su angustia y precipitación en la huida y posterior caída, pues anterior a esto la joven había confesado a su amada de lo molesto que era para su padre esa relación, en tales condiciones la amada pretendió dar por terminada la relación prohibiéndole volver a verla, se ubica como el padre al hacerle la misma prohibición.

Dos eventos se unen en doble vía y anuncian la pérdida inevitable y su consecuente caída, en la desesperación de perder el amor, recurre a un acto impulsivo. La mirada furiosa del padre - primer rechazo- el abandono de la amada -segundo rechazo- le presentifican el vacío de la pérdida de amor. La mirada del padre es el mecanismo impulsor de su caída, un intento de suicidio indudablemente real, nos dice Freud. El acto de esta joven es una forma de liberarse de la angustia, del temor de perder el amor.

Al emerger la angustia hay un intento de solución en la caída. Ella busca hacer real su caída ya iniciada, por la insistencia en que se pasea sin restricción alguna por los lugares seguros donde se encontrará con la mirada colérica del padre. Así, siguiendo a Freud, se puede conjeturar que el amor al padre y la decepción que este le genera, se muda en su contrario, “en lugar de la agresión hacia el padre se presenta la agresión hacia la persona propia,” (Freud, 1920, pág. 155) es una

afrenta al padre pero que la propina contra su propio yo. Por tanto su acto es un autocastigo y un cumplimiento de deseo.

El cumplimiento de deseo se da en la fantasía, que en el *Niederkommen* se cumple, de tener un hijo del padre. Introduce Freud el *Niederkommen*, palabra alemana que significa arrojarse al vacío, un dejarse caer, como forma desmedida de la angustia. Freud en este punto se detiene para hacernos saber que el *niederkommen*, es un juego de palabras que en alemán también significa parir. Así se ve cumplido el deseo de tener un hijo del padre, un intento de simbolizar en acto, el dar a luz.

Niederkommen es una palabra compuesta, *Kommen* significa venir, ir, y *nieder*, abajo. El verbo compuesto se traduce entonces por venirse abajo, caerse, y también por parir, implica por tanto dos acepciones, caerse y parir. En el análisis que nos interesa, el *niederkommen* se está refiriendo tanto la caída como intento de suicidio, como pasaje al acto que encuentra su causa en la mirada del padre, como a la otra caída, la del desprendimiento, con este acto intenta dar a luz de manera simbólica. Desprendimiento y separación que provoca la caída, ella es el objeto que cae. Ubicada en ese lugar de desamparo absoluto no le da lugar a sostenerse de nada y cae, es el fenómeno puro de la angustia.

La amada, que se le ha salido de la escena que tiene preparada para el padre en homenaje a este como desvergüenza, un constante mensaje dirigido a él, y la mirada del padre la han lanzado al vacío, al acto de la caída –*el niederkommen*–,

Se puede leer como para Freud no existe la categoría de pasaje al acto, en tanto toma el acto de la joven homosexual, como un acto dirigido al padre, es decir un acting out, y aunque no utiliza esta categoría, si se refiere a un actuar dirigido a Otro, en el momento de la caída, se refiere a una angustia provocada por la mirada del padre, que la lleva al desprendimiento.

Lacan le da fuerza a esta postura freudiana sobre la caída para ubicarla como correlato de la angustia, y hace hincapié en el *niederkommen* y le agrega el *Lassen*, dar a luz, es hacerse ella misma el niño que cae en el acto de parir. Pero no contento con esto Lacan introduce el real de la angustia, el objeto *a*, para dar nuevas luces a lo que se presenta en el caso de la joven homosexual como acto impulsivo, dándole estatuto de pasaje al acto.

5.5. De la angustia al pasaje al acto:

Retomando la clase única –los nombres del padre– en 1964, Lacan pone la angustia como el drama del padre que se enlaza con el drama de la angustia. Un sujeto afectado por la angustia es un sujeto abierto al pasaje al acto, afectado de manera inmediata, así, el sujeto ubicado en el lugar del objeto *cae*, sin posibilidad de dialectización.

La angustia desmedida de la joven, confrontada al Otro –no es la mirada amorosa de su padre, sino la mirada colérica–, allí se produce el quiebre en la subjetividad, la ruptura y discontinuidad en la cadena significante, manifestada por una temporalidad apremiada que precede al acto y que se apresura a un concluir, el objeto mirada que ha caído, ha ocurrido un desanudamiento, una identificación absoluta con el objeto *a*, lo simbólico quedó al margen.

La angustia en Lacan sigue siendo una señal del encuentro del sujeto con lo real, con ese objeto *a*, que ha caído, que falta, algo no se deja anudar, así la angustia emerge bajo la forma de ruptura, como un agujero insondable, y al que se responde con la angustia en tanto provocadora del pasaje al acto.

La angustia orienta lo real implicado, la mirada del padre que la confronta con la castración y la destitución del deseo por decepción, decepcionada del padre, aquello no se puede fingir, y sitúa lo real de esta joven que la desborda desordenando su mundo, en este caso el objeto *a* mirada, que en la angustia cae, particularmente cuando el sujeto está identificado al objeto, se vuelve así objeto caído, rechazada de la escena.

Esta apertura al pasaje al acto aparece bajo la forma de una evasión de la escena, a partir de una respuesta impulsiva, al sentirse amenazada por el real desbordado, una certeza sin posibilidad de equívocos. De esta manera la angustia puede ser entendida como un prelude al acto, con la certeza de estar ante la inminencia de algo y el pasaje al acto una manera de desembarazarse de la angustia, de la barra que la aprieta.

Cuando Lacan dice de la angustia que es señal, es un afecto que no engaña por ser algo de lo real puesto en juego, se refiere todo el tiempo al objeto *a*, como aquello que ha caído, el objeto que hasta el momento era causa del deseo. Lacan respecto al acto, apunta: “la angustia que no engaña, es reemplazada para el sujeto por lo que debe operarse por medio de ese objeto *a*. A esto se subordina la función del acto”(Lacan J. , 1963, pág. 71); es así que el objeto *a* tiene como

función sostener el deseo, a través del deseo del Otro, cuando esto no se sostiene el sujeto cae como objeto identificado a este.

La joven homosexual inicialmente dirigía al padre la escena, como acting out, un montaje que al no sostenerse en el deseo del Otro, cae. Así pasa a ocupar el lugar de un pasaje al acto, un desprendimiento del Otro, donde tanto el Otro como el sujeto caen.

Está la estructura de la angustia con el deseo, una doble hiancia del sujeto con el objeto que cae de él. Aquí la angustia se muestra crucial, algo oscuro. Lo que ha caído del sujeto en la angustia, es el mismo objeto que designa como la causa del deseo. Es la estructura de la división del sujeto por el objeto.

6. PASAJE AL ACTO Y ACTING OUT

6.1. Primeros cimientos del acting out en Freud:

El psicoanálisis se ha interrogado sobre el lugar del acto en el sujeto, en sus diversas categorías: acting out, pasaje al acto, acto analítico, acto verdadero, acto fallido.

En Freud se advierte una referencia permanente al acto, presentada en diferentes modalidades, multiplicidad de términos que refieren a la acción y el acto, Sonia Alberti, hace un recorrido juicioso del término y los usos que Freud daba en su momento. Así, *Aktion*: acción específica, empleado por Freud en el proyecto de psicología para neurólogos y referenciado en torno al desamparo originario, en donde el sujeto se ve forzado a realizar una acción específica para diferenciar la realidad interna de la realidad externa, lo que le permite una inscripción al mundo simbólico. *Handlung*: acción, actividad, acto, actuación, es una relación entre la voluntad y el deseo y que requiere más energía que en la acción específica. *Akt*: acción, acto, actor, cópula; está en relación al acto sexual, por tanto en el registro de la repetición, *Tat*: acción, acto, hecho, obra, se trata del asesinato del padre y la fundación del inconsciente, en tanto la palabra es el equivalente del *Tat*, y *Agieren*: actuar. (Alberti, 2010, pág. 17)

Se encuentran además en las referencias freudianas, los actos fallidos: acciones que emergen del inconsciente y contradicen la función consciente, son aparentemente sin sentido, tales como equívocos, el trastrabarse, lapsus, entre otros.

En muchas de las elaboraciones freudianas se puede leer el uso del término *Agieren* como acciones de todo tipo, donde no se discrimina si las acciones del sujeto tienen la categoría de acting out o pasaje al acto.

No obstante, el *Agieren* en Freud, se refiere a la reactualización de afectos puestos en acto, muchos autores lo han empleado para designar los acting out, por las referencias encontradas en el texto “Recordar, repetir y elaborar”, donde Freud destaca el valor de la actividad consciente de recordar como una manera de hacer consciente lo inconsciente y liberar del sufrimiento al sujeto, en un hacer pasar por la palabra los recuerdos inconscientes; no obstante, hay ciertos episodios del sujeto que no se pueden poner en palabras, y se actúan: “...el analizado no recuerda nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*, no lo reproduce como recuerdo sino como acción; lo *repite* sin saber...”(Freud, 1914, pág. 152), esta es su manera de recordar, se trata por tanto de un actuar del sujeto, sin que lo sepa lo que hace, Freud destaca la interpretación que ello anuda.

Así, por efecto de la represión y de la resistencia, el recordar es sustituido por el actuar, siguiendo una secuencia de repeticiones puestas en acto, bajo la forma de compulsión a la repetición que “el enfermo vivencia como real, objetivo y actual”(Freud, 1914, pág. 153).

Con esta forma de actuación el sujeto está convocando un fragmento de su vida real y que se manifiesta en los síntomas, el sujeto “parece hacer una demostración”(Freud, 1914, pág. 154).

Freud reconoce que es una repetición puesta en acto no solo en el tratamiento, esto ocurre también en la vida cotidiana, fuera de la transferencia, lo que conlleva pasajeros perjuicios en su

vida. De esta manera intuye Freud esos movimientos por fuera de la cura cuando el paciente no recuerda sino que actúa, y se adelanta a decir que es fundamental hacer que el paciente recuerde, “a fin de retener en un ámbito psíquico todos los impulsos que él querría guiar hacia lo motor”(Freud, 1914, pág. 155).

Pensar que en el Agieren Freud se refiere al acting out, es interrogar la dimensión del acto y el lugar que éste da al anudarlo a una interpretación. En Freud se denota una ambigüedad, en tanto es un actuar en términos de producir una acción, pero también en el sentido de reactualizar en la transferencia afectos, por tanto se puede entender como un acto inconsciente, que se repite, que produce el sujeto fuera de sí, en una puesta en escena como un *acordarse de...*o como lo dice Freud, *parece hacer una demostración*.

Es desde este planteamiento freudiano, que nos apuntalamos para indicar que si bien Freud no habla de acting out, en tanto concepto formulado como una actuación dirigida a Otro, aborda la dimensión de la demostración, de un acto que se repite, por pertenecer al ámbito inconsciente y sin palabras se da a la interpretación, así se puede aseverar que en Freud la dimensión del Agieren, como acto en la repetición y la demostración, está en consonancia con el acting out lacaniano.

Así como no hay en Freud una referencia explícita del acting out, puede discernirse de sus elaboraciones, como acaba de señalarse, que tampoco se encuentra en su obra una elaboración del pasaje al acto, este está más en aproximación a las primeras formulaciones psiquiátricas que desde Morel se tratara como la impulsión, una acción que comporta un proceso brutal y que no implica la conducta de llamado. No obstante se lee que Freud aborda en el caso de la joven homosexual,

el acto final de arrojarse a las vías del ferrocarril, en la dimensión de caída, haciendo la alusión al parir, sin embargo es el desplome del sujeto ante la mirada del Otro, y la destitución como sujeto y a la vez del Otro.

6.2. Del Acting Out en Lacan:

Lacan lee en Freud la elaboración del acto que se repite, como un acto que pone en escena afectos y vivencias dirigidas a un Otro, para ello se apoya en las observaciones clínicas freudianas de dos casos: “fragmento de análisis de un caso de histeria”, caso Dora de 1905 y “Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” de 1920. En ambos casos las actuaciones tienen una intención inconsciente al vincular al Otro a quien son dirigidas estas, de ahí la necesidad del desciframiento, ¿qué quiere decir ese acto que el sujeto pone en escena?, este tipo de acto contiene un mensaje que se da a cifrar, sin palabras.

En el caso de la joven homosexual, que se pasea insistentemente con la dama, por los lugares que el padre transita, es un mensaje dirigido al padre como forma de desafío, viene a mostrarle cómo se puede amar a una mujer. El acting out es por tanto una conducta realizada por el sujeto, dirigida a Otro y que comporta una intención.

Para Lacan, un acto es siempre significativo, éste inaugura un corte estructurante que permite a un sujeto reencontrarse, en el après-coup, radicalmente transformado, distinto del que había sido antes de este acto. La diferencia introducida por este autor para distinguir acting-out y pasaje al

acto la ilustra clínicamente siguiendo un análisis de los dos casos freudianos anteriormente mencionados: el caso Dora y el de la joven homosexual.

Lacan dice del Acting out, que este se opone al pasaje al acto, es un acto siempre impulsivo, un actuar que se da a interpretar, se manifiesta de manera inconsciente y exigente para que el Otro lo descifre. Es una forma de la demanda sin palabras, escenificada, se trata de un dar a oír a Otro que se ha vuelto sordo. Muestra lo que no puede decir, el sujeto no sabe que es lo que quiere decir, por eso lo dirige a Otro, que le ayude a descifrar. Está destinado a evitar una angustia demasiado violenta cuando el sujeto se halla confrontado con algo imposible. Lacan nos advierte “en el Acting out incumbe una interferencia entre lo simbólico y lo real, el sujeto lo actúa, no queda bien delimitado su sentido”(1966, pág. 837).

Guy Trobas, siguiendo a Lacan en sus primeros seminarios (3 y 4), dice: el acting out es una acción que se impone a la realidad del sujeto a la manera de un guion a enseñar, tiene una dimensión exhibicionista, y está en el nivel de la *mostración*; el acento se pone en lo visual, este se presenta en el registro imaginario. Hay una puesta en escena de un objeto que capta la mirada, cumpliendo un papel prevalente a la manera de un guion. Algo se muestra es un objeto formando parte, que participa en la acción que es mostrada y que se le impone al sujeto (2002).

Si bien para Freud “El acto es esencialmente la demostración,”(1914, pág. 138) Lacan pone énfasis en la *mostración*, conceptos ambos que conservan diferencias y similitudes, la Real Academia del Lenguaje, trae el concepto *demonstración* como una prueba de que algo es verdadero, es una manifestación, una declaración sin palabras; por otro lado el término *mostración*, derivado

del mostrar, según este mismo diccionario, es poner a la vista una cosa, enseñarla para que se vea, o también portarse de cierta manera, darse a conocer.

De esta manera podría comprenderse que ambos conceptos están emparentados entre sí, desde la demostración se entiende que el acting out refiere a algo del orden real del pasado del sujeto y que este trae y reactualiza en la repetición como una comprobación de lo traumático vivenciado. Lacan pone el énfasis en la puesta en escena, en el mostrar, el exhibir el objeto, y de esa manera presentarse ante el Otro.

En el seminario 10, cuando Lacan aborda la Angustia, se refiere al Acting out como del orden de la evitación de la angustia, aquí plantea su teoría: *hay una relación del acting out con el objeto a*. “el acting out es esencialmente algo, en la conducta del sujeto, que se muestra”(1962, pág. 136). Este acento mostrativo pero también demostrativo de todo acting out, se orienta hacia el Otro, es un acto que se presenta de manera inmotivada pero que se dirige a alguien. Así, el acting out está articulado con el objeto *a* causa de deseo y con el Otro, es una puesta en escena, una demostración velada dice Lacan, que es visible al máximo, pero invisible al mostrar su causa. Este tiene un valor siempre significativo, es la exhibición de un significado muy claro, lo que constituye lo enigmático para el sujeto es la causa.

Lo que se da a mostrar es el resto, hay una inclusión de la defensa del sujeto frente al objeto *a*, y lo hace mediante una demostración, bajo la forma de una entrada intempestiva a la escena, el sujeto hace un montaje y necesita al Otro para que le de consistencia a esa forma de llamado, un reclamo al Otro, soporte de la subjetivación en la relación al Otro, mediante lo cual el sujeto es

requerido. Es una manera bien particular de la transferencia o un esbozo de esta, darse a ver al Otro de esta manera intempestiva, lo que Lacan llamó la *Transferencia Salvaje*, o transferencia imaginaria.

A propósito del acting out y la transferencia salvaje, Lacan trae el caso de Ernst Kris, donde emerge un acto que se da a leer al analista, pero que hace de sordo ante la inminencia de algo que se pondrá en acto, ya que las palabras no fueron escuchadas, para este analista era pertinente la verdad objetiva, empeñándose en refutar a su paciente. E. Kris, se encuentra con el sujeto del plagio, que pone en escena su propia verdad, una demostración de esta, así, ante la incredulidad de su analista, sale del consultorio y “se va a comer sesos frescos,”(1962, pág. 138) es el reclamo al Otro del *a* faltante para su deseo, de la libra de carne dice Lacan. En consecuencia en el acting out, el sujeto le muestra al Otro el resto, la división subjetiva, pero de manera velada para el propio sujeto, el objeto se da a ver de manera sesgada, siendo visible al máximo y puesto en la escena para el Otro. Así, el actor principal de esta escena es el objeto *a*, el sujeto pone en escena el *a*, el resto, la libra de carne. El sujeto ha sido llevado a realizar una escenificación al hallarse sin barradura, sin el anclaje y soporte real que es el objeto causa de deseo, por ello lo trae a la escena a partir de una demostración mostrando el objeto.

Entonces, en el acting out, hay una forma singular de presentarse la demanda, con una “transferencia salvaje”, y una relación también singular del sujeto con el objeto *a*, como causa de deseo, como haciendo parte de este y dirigido al Otro.

En el acting out se pone en evidencia un deseo ignorado, parecido al síntoma, de hecho Lacan lo nombra como siendo parte de un síntoma, en la medida en que debe ser interpretado a partir de contar con la transferencia, es decir con el Otro. No obstante, no hay que olvidar, y Lacan lo remarca, que el síntoma en su esencia es goce, no es llamado al Otro, ni lo que muestra al Otro. Por el contrario, el acting out necesita al Otro, llama a la interpretación, y por ello es preciso, dice Lacan, saber si es posible esta interpretación, dado que el acting out es el esbozo de la transferencia, es la transferencia salvaje, el sujeto reclama un Otro a quien dirigir la transferencia.

Si se revisa nuevamente el cuadro de la angustia que Lacan trae en el seminario 10, se observa que el acting out está entre la turbación y el impedimento, aunque el impedimento está en la misma columna que el síntoma.

Dificultad →

Movimiento ↓

Inhibición	Impedimento	Embarazo
Emoción	Síntoma	<i>Pasaje al acto</i>
Turbación	<i>Acting out</i>	Angustia

El sujeto turbado, hace una respuesta a la angustia, hay desorientación, esta respuesta dice Pablo D. Muñoz:

...es un estado de perplejidad como cuando se deja de contar con un recurso de un instante a otro. El estado de turbación es, por lo tanto, un estado pre-acting out, a menos que se produzca el encuentro con otro que permita situar un punto de referencia y anclaje al sujeto y virar hacia el síntoma. (2009, pág. 162).

Lacan trae en la etimología el sujeto turbado estando como al borde del desmayo, sin embargo la condición elemental del acting out es el impedimento, una dificultad que se muestra en la misma disposición que la acción, pero el movimiento está reducido. Lacan lo relaciona con la inhibición y dice que es un síntoma metido en el museo. Lo que resalta Lacan: objetos de exhibición, es lo que se pone en un museo, lo que hace el sujeto con el objeto en el acting out, un acto que hace un objeto *de*-mostrar.

6.3.Pasaje al Acto:

El pasaje al acto es un concepto lacaniano que tiene sus cimientos en el Lacan psiquiatra; inicialmente circunscrito a la psicosis, como resolución del delirio. Toma el concepto a propósito de los pacientes psicóticos con manifestaciones de fenómenos impulsivos, violentos y bruscos, el pasaje al acto es determinativo para la resolución del delirio.

Las primeras aproximaciones de Lacan a fenómenos de pasaje al acto, sin definirlo como tal, las hace en 1931– 33, dice Pablo D. Muñoz siguiendo a Lacan: es un fenómeno violento y reactivo, de características impulsivas y bruscas que cumple una función resolutoria, de límite respecto del delirio (2009, pág. 26). Ha tomado como punto de referencia los casos de paranoia que tratara en

la unidad de pacientes mentales en el Hospital Sainte-Anne, y su caso Aimée que ilustra ampliamente en su tesis doctoral *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* de 1932. En este caso expone las características del acto agresivo, que aparece como una expiación, un autocastigo.

La impulsión –concepto retomado de Morel para designar estas formas bruscas e intempestivas en un sujeto, y que más tarde Esquirol nombrara como monomanía– es introducida por Lacan como una impulsión homicida primordial, inherente al ser humano. De la impulsión pasa a hablar de la *reacción*, aún en la ambigüedad conceptual. Hace del pasaje al acto un efecto de la ausencia de control de sus acciones por parte del sujeto, al modo de un automatismo, una acción descontrolada y sin significación, se trataría de actos automáticos desprovistos de intención. Desde aquí Lacan ya está hablando del pasaje al acto como una ruptura, una discontinuidad.

En una segunda conceptualización al examinar los delirios, en 1938 vincula éstas manifestaciones disruptivas con el transítivismo en el niño, esto vía a la identificación imaginaria, explica los actos auto y heteroagresivo en la paranoia, donde “el ataque aparece igualado al contraataque... En la medida en que su propio yo se halla completamente alienado de sí mismo en la otra persona” (Lacan J. , 1953, pág. 11), pasaje al acto agresivo y suicida son imaginariamente equivalentes, es una autopunición, una realización de autocastigo.

Para 1946 en su texto “Acerca de la causalidad psíquica”, Lacan propone una sustitución del mecanismo de la autopunición por el de la agresión suicida narcisista (1946) no se trata en este momento del autocastigo, ni de la satisfacción de requerimiento moral en el pasaje al acto que

llevaba a la resolución del delirio, aquí ya hay una nueva concepción en Lacan, el pasaje al acto del psicótico, es para el yo una salida a la persecución, así el paranoico escapa al objeto que le figura su condición alienada en el otro semejante, haciendo una separación. De esta manera este pasaje al acto se entiende como una agresión suicida esencialmente narcisista, lo que termina con la persecución asesinando al perseguidor y a la vez agrediéndose. El sujeto psicótico no solo agrede la imagen del otro para obtener la satisfacción autopunitiva, pues se trata de una agresión que encubre un desconocimiento de la identificación.

Así, hace un corte con la psiquiatría, y logra puntualizaciones importantes, habla de la intención agresiva que es diferente en la ejecución del acto, la agresividad es intención de agresión, intención que en ocasiones podrá pasar al acto agresivo.

La separación que Lacan hace de la psiquiatría, tiene consecuencias en la mutación de los conceptos. Advierte una incidencia del superyó en el pasaje al acto, en lo relativo al concepto de goce en tanto más allá del principio del placer y la invención del objeto *a*. Explica el pasaje al acto agresivo vinculándolo con el concepto de kakón, como objeto malo, tomado de Melanie Klein, y superyó, concepto vinculado a los crímenes inmotivados, como en el caso de la paciente Aimée. Un superyó severo, que opera como límite del goce insoportable, prevalencia de un goce enigmático e insaciable, de ahí la imperiosa necesidad de actuar, para resolver eso maléfico e intrusivo que percibe el psicótico. Así, en el pasaje al acto psicótico, dice Lacan: lo que intenta hacer el sujeto es matar la enfermedad, el enfermo experimenta un kakón, un mal insoportable, del que se desembaraza con el pasaje al acto liberador, y que es un esfuerzo en la extracción de goce. Como en el caso Aimée, su acto tiene valor de mecanismo liberador, un medio para liberar la

sensación invasiva: “el mal que Aimée agrede, no es algo exterior, ajeno a ella, sino que tiene el valor de íntimo, de algo propio, aunque no lo pueda reconocer como tal” (Muñoz, 2009, pág. 77), ella desconoce lo que ataca en su acto. Así, el pasaje al acto aparece vaciado de significación, después de su acto el sujeto nada puede decir a propósito de lo acaecido, queda perplejo ante lo acontecido.

Es en el seminario 10, en 1962, donde el pasaje al acto aparece vinculado a la subjetividad, este ya no es privativo de la psicosis, Lacan revela el pasaje al acto como rasgo estructural de la relación del sujeto con el objeto *a* y con el fantasma, ligado a la función de resto, en una relación distinta a la del acting out, mientras en el acting se muestra el objeto causa de deseo, en el pasaje al acto el sujeto se reduce al objeto.

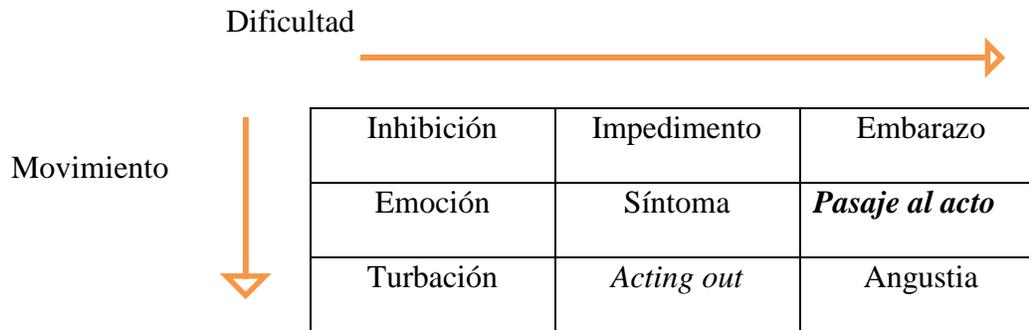
En el análisis que hace del caso de la joven homosexual, dice Lacan: el pasaje al acto sucede cuando esta se pasea con la dama y se encuentra con una mirada irritada del padre, ante la imposibilidad de hacerle frente a esta escena, ocurre “la identificación absoluta con el *a*, al que se reduce y se deja caer” (1962, pág. 143). Aquí está la definición de Lacan sobre el pasaje al acto, el “dejarse caer”, como correlato esencial de todo pasaje al acto. Este “dejarse caer” para el sujeto funciona como evasión de la escena de su fantasma. Ocurre cuando un sujeto es confrontado con lo que es como objeto para el Otro, se “deja caer”, a partir de una reacción impulsiva, una angustia incontrolada, donde el sujeto termina haciéndose objeto *a*.

Se entiende que hay una relación muy íntima del pasaje al acto con la angustia, ésta puede aparecer como su causa, la emergencia de la angustia precede al pasaje al acto. Guy Trobas señala

que el pasaje al acto es un tratamiento para la angustia, no muy elaborado, es más bien “una especie de huida para proteger y suspender la función del yo amenazado por la dimensión de la angustia” (2002, pág. 33). Este estatuto de la huida justifica que Lacan plantee la fuga como el paradigma del pasaje al acto en el seminario 10, todo pasaje al acto es una fuga.

En el pasaje al acto el sujeto no sabe dar cuenta de lo que pasó, se trata de la exclusión del saber; sin embargo, esta premisa se relativiza en el material clínico que se aborda en el capítulo siguiente, toda vez que se trata de la implicación de la subjetividad y la responsabilidad del sujeto en su acto, qué saber tiene el sujeto a propósito de su acto, a sabiendas que “en el sujeto que pasa al acto, lo que toca a nivel del saber, lo que produce en ese momento es la exclusión de la fuente misma del saber que constituye el fantasma fundamental $\$ \langle a \rangle$ ” (Trobas, 2002, pág. 40). Es un atravesamiento salvaje del fantasma, se actúa sobre el a , del fantasma, pero sin realizar el fantasma, hay exclusión del fantasma fundamental. Aquí se ha provocado una respuesta fantasmática brutal, ante el deseo del Otro que lo angustia; el no saber qué objeto a es para el Otro, hace que el sujeto se apresure a responder en posición de objeto.

Es un rechazo del sujeto, un fuera de la escena, la confrontación con el deseo y la identificación al objeto a , por tanto, el sujeto termina expulsado como tal. Así, el pasaje al acto se expresa en lo real del cuerpo, ante la angustia y el bloqueo del pensamiento, el sujeto responde con el movimiento, con la descarga motriz.



Un momento demasiado embarazoso, lo que implica una enorme dificultad para el sujeto y lo entrapa en la angustia, en una división subjetiva sin defensa o sin significante. En la columna del movimiento esta la emoción, el sujeto invadido por la emoción pierde la coordinación en sus movimientos, se presenta impulsado a una reacción catastrófica. Por tanto el sujeto se da a la fuga, a una partida errática, y en forma de arrebató, “la partida es ciertamente el paso de la escena al mundo” (Lacan J. , 1962, pág. 129). Embarazo y emoción constituyen la salida abrupta de la escena, de ahí el dejarse caer.

A la altura del seminario 10, en su última clase Lacan habla del objeto *a* en su nivel escópico, lo relaciona con el cuadro de inhibición, síntoma y angustia, ubica en cada uno de estos lugares lo siguiente:

En el lugar de la inhibición, está el deseo de no ver, siguiendo hacia abajo a nivel vertical está el desconocimiento como un no saber y más abajo, en donde correspondería a la turbación, se encuentra el ideal, lo que del Otro se introyecta. En todo el centro del cuadro se haya la omnipotencia, correlativo de la impotencia y que sostiene el deseo de no ver.

I	Deseo de no ver	impotencia	Concepto de angustia
S	Desconocimiento	omnipotencia	Suicidio
A	Ideal	duelo	angustia

Lacan ubica en el lugar del acting out, la función del duelo y en el lugar del pasaje al acto, el suicidio, como fantasma. Y ahí, rodeando a este cuadro del suicidio, aparece por arriba el concepto de angustia, en el lugar donde previamente Lacan ubicó el embarazo, el concepto de angustia, haciendo alusión a esta como no cernible por el significante, algo se escabulle, haciendo una oposición con la angustia que sigue estando abajo, y que apunta a lo real sin recurrir al significante, por eso la alusión al objeto *a* como objeto real de la angustia.

¿Por qué Lacan relaciona acting out con duelo y pasaje al acto con suicidio? Según sus elaboraciones, dice recurriendo a Freud, “el sujeto del duelo se enfrenta al trabajo de consumir por segunda vez la pérdida del objeto” (1962, pág. 362), alude a una repetición, a la rememoración del vínculo con el objeto amado, se trata del objeto *a* enmascarado.

Ahora bien, el pasaje al acto se ha dicho es un atravesamiento salvaje del fantasma, esto es, “la estructura fundamental de todo pasaje al acto se resume, en un fantasma suicida” (Muñoz, 2009, pág. 145), lo dice Lacan con el dejarse caer del lado del sujeto en el fantasma, un sujeto barrado sin saber qué hacer con él mismo, sin significantes que amarren y posterguen la caída. “Freud demuestra que lo que se rechaza decir pasa al acto. ...el suicidio es un rechazo de saber y una puesta de lado del Otro. El sujeto identificado al *a*, ya no es representado por un significante para otro significante, está excluido del lugar del Otro” (Muñoz, 2009, pág. 145).

Lacan a propósito del pasaje al acto dice que este devela la estructura fundamental del acto (Miller, 2012, pág. 1), así Lacan hace del acto suicida el paradigma del acto, el acto verdadero, como suicidio del sujeto, aunque pueda renacer de manera diferente después del acto, esto es, el sujeto no es el mismo antes que después del acto, por tanto, todo acto verdadero es en realidad un suicidio del sujeto (Miller, 2012, pág. 3), un instante de desestructuración de lo simbólico.

6.4.El problema del tiempo

Los procesos del sistema inconsciente se hallan fuera del tiempo, esto es, no aparecen ordenados cronológicamente, no sufren modificación alguna con el transcurso del tiempo y carecen de toda relación con él (Freud, 1915, pág. 184). El inconsciente no tiene una temporalidad lineal, se trata en el inconsciente de un tiempo lógico.

Lacan aborda el texto “el tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”(1945) como un nuevo sofisma que permite dilucidar la relación del sujeto con el tiempo. Para ello propone un problema a resolver, es el juego de los tres presos y cinco discos, tres blancos y dos negros; cada uno de estos sujetos llevará un disco en la espalda, fuera del alcance de su propia mirada y sin posibilidad de comunicarse entre sí, el primero en discernir, en un análisis lógico, de qué color es el disco que porta en su espalda, será beneficiado con la libertad. Después de observaciones, los tres presos dan a la vez la misma respuesta en una lógica colectiva: “soy un blanco”.

La condición de presos de estos sujetos y la promesa de libertad, enfrentados a un problema, una urgencia, los ha llevado a un apuro por la respuesta, sacando conclusiones lógicas de manera ligera, y aunque al parecer se dio lugar a la vacilación y por tanto a la respuesta, hubo dos

escansiones o mociones suspendidas en el proceso. La solución misma ha integrado la temporalidad.



Las mociones son suspendidas por lo que no ven: los discos negros; se han hecho tres combinaciones posibles en tres tiempos de posibilidad.

Así Lacan introduce los tiempos lógicos, dando lugar al instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de conclusión; ver, comprender y concluir se ponen en juego, así en el instante de ver se excluye el que uno de ellos salga sin vacilación, en el tiempo de comprender se dice: tampoco hay dos que salgan, entonces en el momento de concluir todos salen precipitadamente.

Para las dos formas de presentarse el acto abordadas aquí: acting out y pasaje al acto; se observa como el sujeto tiene una relación distinta con el tiempo en cada una de ellas. “El acting out traduce un rechazo del momento de concluir y de su apresuramiento, el sujeto *rehúsa* que su yo soy pueda sostenerse del objeto causa de su deseo y prefiere volver para atrás. Hay un tiempo simbólico más o menos infiltrado de elaboraciones imaginarias” (Trobas, 2002, pág. 59), en el acting out, el sujeto no avanza a la comprensión, ni se precipita al concluir, hay más bien un rechazo de este momento de conclusión, retorna al instante de ver, a un tiempo de exposición, significa que hay que retomar el problema desde el inicio.

Del lado del pasaje al acto, cuando Lacan lo aborda en relación con el automatismo, en una impulsividad, una reacción como efecto inmediato, lo relaciona con la temporalidad, aludiendo a una noción de tiempo cronológico, pero también en una lógica.

Así, el pasaje al acto aparece como discontinuidad, corte o ruptura, no solo en el acto, sino en la subjetividad, en la temporalidad, “se trata de un cambio de temporalidad subjetiva que se manifiesta por el brote, una aceleración de una dimensión de urgencia, aún más llamativa cuando es un tiempo de inhibición que precede al acto” (Trobas, 2002, pág. 31). Señala Lacan en *el tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*: “El tiempo de pasaje al acto corresponde a la urgencia del momento de concluir” (Lacan J. , 2009, pág. 201).

La discontinuidad es en los tiempos lógicos, en el acting out el sujeto se precipita a devolverse al instante de ver, en el pasaje al acto el sujeto se lanza al momento de concluir, “...es en el instante de ver... la sencilla percepción del afecto de angustia, lo que basta aquí para producir una certidumbre abriendo a la decisión del acto” (Lacan J. , 1945, pág. 206), el sujeto se ve enfrentado con esa pregunta que lo ha constituido y que lo empuja a tomar una posición respecto a su ser, sin pasar por el comprender y se lanza al momento de concluir. Aquí el sujeto se ve compelido a la urgencia de atravesar la barrera del goce y de la angustia y enfrentar el enigma de qué soy para el Otro.

Es la angustia la que precipita al sujeto al momento de concluir, el pasaje al acto es ese tiempo de conclusión apresurada, antecedido por el instante de la mirada, donde surge la angustia y no se da tiempo al momento de la comprensión, no hay espacio temporal para el comprender. Es un

momento lógico-temporal ausente y que se pretende instalar en el apré coup, con los rodeos significantes hacer emerger el sujeto, para bordear ese concluir que se dio de manera abrupta y que se anticipó en la salida fuera de escena.

El sujeto ha actuado una resolución de la angustia que es demasiado grande. La instancia del tiempo está presente bajo la forma de la prisa, la urgencia, es un estado de inhibición, de postergación y de reacción susceptible en una precipitación por actuar, una basculación de la inhibición, de la procrastinación a la prisa y a la urgencia. Es la conclusión precipitada a un instante de objetivarse, de corte bajo el modo de la urgencia, así, el pasaje al acto es la urgencia. Es un atravesar el fantasma de manera salvaje, el sujeto efectúa lo que lo determina frente al Otro. Así dice Miller:

La clínica del pasaje al acto nos recuerda la inscripción temporal del acto, especialmente bajo el modo de la urgencia. Y en definitiva en relación a este ideal de la acción calculada, del que hacemos un patrón de medida en relación al medir la inadaptación del acto, incluso su inmotivación... (2012, pág. 2).

Hay una temporalidad inevitable del acto que se precipita en un instante por objetivarse, un tiempo de corte manifiesto en la urgencia. Se requiere un tiempo subjetivo para reanudar el significante y que emerja nuevamente el sujeto, una temporalidad lógica y así introducir la implicación subjetiva, la causalidad, que el sujeto pueda construir una respuesta ante lo real, es la pausa necesaria para darle lugar al sujeto

6.5. Pasaje al acto y significante: un asunto de lógica

En el seminario 10, La angustia, Lacan aborda el concepto de pasaje al acto en su implicación subjetiva y no mecánica, de respuesta involuntaria. Así, introduce la división subjetiva, haciendo énfasis en el residuo, el resto que queda a partir de esta operación, y que le da la categoría de objeto *a*, como resultado está el sujeto, efecto del significante.

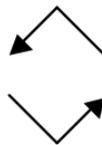
$$\begin{array}{c} A|S \\ S|A \\ a \end{array}$$

Por tanto, en el pasaje al acto Lacan supone la implicación subjetiva y la responsabilidad, dejando al margen la cuestión del control o no de la conducta, su apuesta es introducir el registro del sentido en la vivencia misma del acto.

De esta manera en el seminario 11, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, Lacan (1964) ilustra tanto el concepto de pasaje al acto como el de acting out, con el par *alienación–separación*. La estructura del significante se basa en algo que inicialmente Lacan denominó la función del corte, o función topológica del borde, al producto de la relación del sujeto con el Otro.

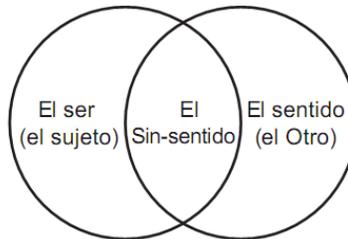
El sujeto es producido en el campo del Otro: "...lugar donde se sitúa la cadena del significante que rige todo lo que, del sujeto, podrá hacerse presente, es el campo de ese ser viviente donde el sujeto tiene que aparecer" (1964, p. 212), es ahí donde se manifiesta la pulsión, y donde Lacan aborda las dos operaciones que articula en la relación del sujeto con el Otro: alienación – separación, es una operación constitutiva y fundamental de la subjetividad. La alienación funciona como operación lógica y simbólica al articular la acción de la separación, “son operaciones de la realización del sujeto en la dependencia significativa respecto al lugar del Otro” (1964, p. 214).

El proceso de alienación – separación se produce en el sujeto cuando se encuentra con el Otro primordial, el sujeto surge de la intersección de ese ser con el Otro, no hay sujeto sin el Otro, en la medida en que ocurre ese encuentro, el sujeto queda alienado, es un proceso circular, donde se integra también el fantasma ($S \diamond a$), la demanda y la pulsión ($S \diamond D$), que se puede denominar como el grito (Lacan J. , 1964, pág. 217).



El rombo es un borde, donde la v de la mitad inferior, es un vel constituido por la primera operación, la alienación, el sujeto que se ve entre la división, si aparece de un lado como sentido producido por el significante, del otro aparece como afánisis, desaparición. Así, la alienación se define por una elección. Lacan lo ejemplifica según la teoría de conjuntos, una operación lógica que se grafica con dos círculos de euler, y que connota la expresión “¡la bolsa o la vida!”, aludiendo

precisamente a la elección que el sujeto hace para erigirse como sujeto, es una elección por el significante en tanto lo representa.



Esta elección comporta al mismo tiempo una pérdida, si se escoge el ser, el sujeto desaparece, se queda en el S1 y cae en el sin-sentido; si se escoge el sentido, el S2, representado por un significante, solo es posible el sentido mutilado de esa parte de sin-sentido que es el inconsciente.

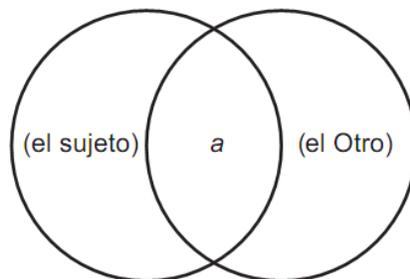
La forma de concebir el lugar del sujeto en el Otro, las pone Lacan en una temporalidad lógica, inicialmente en un sometimiento al Otro, y luego un intento de independencia del mismo, así primero ocurre un anudamiento luego un desanudamiento, dialéctica que se repetirá a lo largo de la vida del sujeto.

La separación, alude Lacan a un juego de palabras *se parare*, para hacer referencia al ser parido, engendrar, traer al mundo, es el encuentro del sujeto con la falta en el Otro, Lacan dice, la separación "surge de la superposición de dos faltas" (1964, pág. 219).

Alienación al Otro y separación del Otro, operan en dos tiempos, un primer tiempo que es de la reunión y un segundo tiempo que es el de la separación, esta segunda operación "lleva a su término la circularidad del sujeto con el Otro" (Lacan J. , 1964, p. 221) donde se demuestra una

torsión esencial, así se instauro el sujeto del inconsciente como: un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante; alienación en la medida en que el sujeto ha de pasar por los significantes del Otro, no hay sujeto sin Otro, y a la vez, el sujeto no es ninguno de estos significantes del Otro. Es decir, el sujeto no es sin los significantes del Otro (alienación), al mismo tiempo que no es ningún significante del Otro (separación).

Esta operación es la intersección de la falta del conjunto del sujeto con la falta del conjunto del Otro, que como nombró va en dirección a una elección, del ser al sentido, del S1 al S2, y lo que queda como intersección es ese lugar vacío, donde se ubica el objeto *a*, ese resto del organismo que no se transforma en cuerpo, que no es apresado en el proceso de significantización, lo que Lacan pone como residuo en la operación de división subjetiva, definida entonces como la superposición de las faltas la del sujeto y la del Otro.

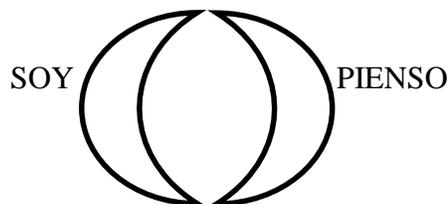


En estos dos campos articulados por la falta, Lacan lo trae de la siguiente manera:

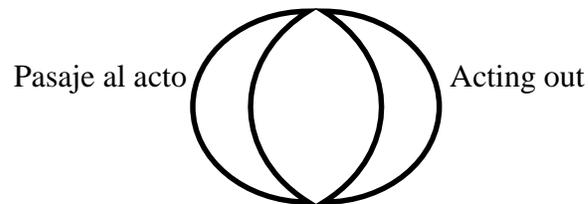
[...] el sujeto encuentra el camino de regreso del *vel* de la alienación en la operación que denominé separación. Mediante la separación el sujeto encuentra el punto débil de la pareja primitiva de la articulación significativa, en la medida en que es, por esencia, alienante. En el intervalo entre estos dos significantes se aloja el deseo que se ofrece a la localización del sujeto en la experiencia del discurso del Otro, del primer Otro con que tiene que vérselas [...] El sujeto [...] vuelve, entonces, al punto inicial, el de su falta como tal, el de la falta de su *afánisis* (1964, pág. 226).

Operación que implica la separación de la cadena significativa que trae un recorte de goce, una pérdida, y la inscripción del objeto a, como articulando esas dos faltas.

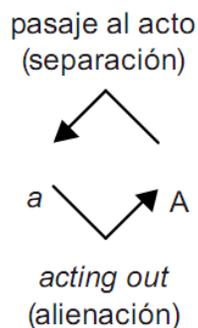
Es en el año 1966-67 en la lógica del fantasma, donde Lacan enmarca el pasaje al acto en el no pienso/no soy. La alienación ya no es la alienación al Otro, sino que se trata de la alienación del Otro, es el no querer saber puesto en juego en el acto. Lacan toma el cogito de Descartes para proponer que a partir del “pienso luego soy” una separación entre el campo del pienso y el campo del ser. El pienso y el soy hacen una intersección, no se puede decir el uno sin el otro, así: el ser no es sin el Otro, este determina, hay alienación del ser al Otro, y la alienación es el “no pienso”, y por tanto, no se puede pensar sin ser. Lo que aparece es un no saber, por la abolición del sujeto que piensa.



Lo que emerge es precisamente un no saber, en tanto el ser está alienado al Otro, en el pasaje al acto se pasa a este sin pensar, se escapa del Otro y se pone como objeto, sin determinaciones del Otro. Del otro lado está el acting out.



Ahora bien, esta lógica alienación – separación se pone en evidencia en el acting out y en el pasaje al acto. El pasaje al acto corresponde a una separación del Otro, en tanto supone la caída del sujeto del Otro del lenguaje, una destitución del Otro del significante identificándose al objeto *a*. El acting out es más correlativo a la alienación al Otro, toda vez que opera desde la mostración y demostración dirigida al Otro.



No obstante, la relación entre pasaje al acto y *acting out* se escribe con la misma lógica del fantasma: $a \diamond A$, en tanto el primero es la caída del Otro del sujeto en su valor de *a* (vector superior), mientras que el segundo es su mostración al Otro (vector inferior) (Muñoz, 2009, pág. 164).

Ahora bien, la relación del pasaje al acto y el significante aparece como en una paradoja, toda vez que ocurre una separación, por tanto una ruptura de esta cadena con la implicación de un no saber que se pone en juego. La propuesta que se sigue es la presentación de material clínico de adolescentes que en su fenomenología se manifiestan como pasajes al acto y hacer un análisis de sus textos. Para así anudar la implicación subjetiva, pasando del registro del acto a la palabra como acto.

La proposición es un reanudar el significante, ruptura que se produjo en el apresuramiento de un concluir sin pausa y sin comprensión que dejó por fuera al sujeto, se trata por tanto de instalar el tiempo de la comprensión.

7. ESPACIOS CLINICOS

En lo que sigue se intentara situar algunos puntos importantes con relación al pasaje al acto y la implicación subjetiva que este tiene en el a posteriori. Se expone una serie de material clínico, casos escogidos de adolescentes que presentan singularidades en los actos, se intentará leer el lugar que los actos tienen en estos adolescentes y poder discernir la forma de presentarse estos movimientos en la urgencia y saber de las consecuencias a nivel del sujeto, en tanto implicado en ello.

7.1. “Yo soy Santiago”: Samara, 16 años

Samara llega a una institución de protección porque una señora la trae, no tiene ningún vínculo de parentesco con ella, la estaba cuidando pero ya no lo puede hacer dado su comportamiento agresivo.

La documentación y reportes que trae dice: “Samara no es coherente con la información, dice llamarse María, y que desde hace tres meses está diferente a lo normal, camina mucho, no duerme, y vomita, no pone atención, es distraída”.

Consume marihuana, Rivotril, diazepam, hace dos años y medio. Presenta conducta de vida en calle, caminata errática en muchos momentos de su vida, ideas de persecución, dice que la cuidadora es la asesina de su madre.

Cuando se le indaga por cómo se siente dice: “me siento bien, estoy preocupada por mi mamá, he tenido pesadillas que le pasó algo... tengo miedo que le haya pasado algo, creo que es verdad que le dieron bala como en las pesadillas...si algo le pasó me ahorco o me tiro al río.”

De su familia poco se sabe, la madre ejercía la prostitución y se la llevaba con ella a los lugares donde laboraba, allí se consumía marihuana y otras sustancias. Samara crece en este medio, abandonada y en calle.

Tiene “arrebatos” donde se agrede a sí misma, grita, se va a tirar del segundo piso, un educador la contiene, intenta agredir al educador, cuando las demás compañeras pasan cerca de ella, intenta agredirlas. Al respecto dice: “es como un arrebato, yo estaba escuchando voces y creía que me iban a matar.”

En la noche se presenta en el cuarto una situación similar, de “arrebato”, se levanta y se pasa a las camas de las demás compañeras, les quita la cobija y quiere tocarlas en sus genitales, las otras adolescentes se defienden, le dicen loca, la tienen que aislar.

Cuando se le interpela a Samara por su acto, dice: “tengo un trastorno de identidad, yo me identifico con el nombre de Santiago, es que yo soy hermafrodita, porque atrás es adelante y adelante es atrás” Samara trata de explicar lo que le pasa con algunos esbozos de ideas delirantes... “se me sale el otro ego, tengo otra memoria, se me desorganizan las ideas en la cabeza.”

Al indagarse por esto aduce con una certeza psicótica que es Santiago, porque “unos *parceros* míos me lo dijeron: usted parece como un niño, camina como un niño... ahí yo supe que soy Santiago.”

Samara se levanta a tocar a las compañeras, reproduce un acto de un Santiago que puede ir a tocar a las muchachas por la noche. Es la respuesta ante sus actos impulsivos de tocar a las otras jóvenes o de agredir a los profesores.

Lo que precede a sus “arrebatos” es una actitud de mutismo, silenciada, llora, no responde a nadie que le pregunte por su estado, no contesta, está ausente, con la mirada perdida, empuña las manos con fuerza, como conteniendo una agresividad, solo mira a un punto fijo, no parece estar en el salón con las demás compañeras. Se inquieta, sale del salón y camina de un lado para otro por largo tiempo, dice: “me incomoda es el encierro, hace un mes y quince días estoy encerrada...”

Agrega: “me siento amenazada por mí misma...” se le pregunta por qué, hace una pausa larga y continúa “...hoy no siento eso, estoy mejorada desde que me...” Hay un corte que no sabe anudar nuevamente, porque no tiene sentido, no se amarra a ninguna explicación, aparece la invasión de goce del Otro, sus palabras se cortan, no le alcanzan para pacificar la invasión del Otro.

Recurre a la fuga y a la deambulación para poner límite a ese Otro real, externo y decisivo, que viene y actúa de manera efectiva sobre el sufrimiento, una tentativa de enmudecer el padecimiento en exceso, a la manera de una extracción de goce: “...de repente siento algo maluco en el pecho

que me hace pensar en matarme, es una voz, es un impulso... me da muy seguido, siento miedo de las compañeras y de las profesoras y siento que me tengo que ir para la calle, yo soy así, en la calle, me gusta eso, me siento más tranquila.” Es el desborde de angustia, lo real que invade lo imaginario y por tanto una invasión de goce en el cuerpo.

Relata el encuentro con la ferocidad del Otro, con esa voz que la impulsa al acto, aparece el arrebató y la errancia, es Otro que permanece colmado de goce mortífero. Samara se enfrenta con ese Otro que la abruma, la salida errática es una de las formas de pasar al acto, de volver al lugar de objeto que es para el Otro: en la calle, drogada. Esto se presenta como una solución, para resolver lo que la angustia, una forma de poner límite a eso que se presenta demasiado mortificante, la presencia del Otro que aparece bajo la voz, el arrebató y el impulso.

Es el encuentro con S₁, en plural, reales, como la voz, que la empujan a la fuga, a la salida errática, estos S₁ orientan su errancia, sin carretera principal como dice Lacan, en el seminario 3, “cuando no está la carretera, aparecen carteles con palabras escritas. Acaso sea esa la función de las alucinaciones auditivas verbales de nuestros alucinados: son los carteles a orillas de sus caminos.” (1955, pág. 419) Son Significantes 1, que hacen dócil al sujeto psicótico frente al Otro voraz y superyoico, lo deja por fuera de toda subjetivación, con un imperativo de goce. Por tanto sin un amarre al S₂, es un andar sin sentido, “el sujeto se lanza a la salida de escena, una partida errante hacia el mundo puro donde el sujeto sale a buscar, a reencontrar, algo expulsado, rechazado, por doquier.” (1962, pág. 129), lugar donde lo real se precipita, encontrándose sin carretera principal, sin simbólico que guie ese andar.

Aquí la angustia no tiene la pregunta de qué objeto soy para el Otro, ésta se presenta como no dejando lugar a la falta, más bien desde la certeza de que “soy eso” para el Otro, son los designios que toma para ubicarse.

Irse, agredir, agredirse, formas de pasaje al acto que pueden observarse en Samara, un salir de escena, para encarnar la certeza respecto del Otro. Es un impulsivo que no sirve como suplencia o de metáfora delirante, puesto que no articula un delirio. Aunque el pasaje al acto se inscribe en lo resolutivo, en el sentido de buscar una separación del Otro, que se caiga el Otro que vocifera, en este esfuerzo Samara queda como una desterrada del Otro, desinsertada.

En Samara estos pasajes al acto no resuelven su delirio, por el contrario le sirve para apuntalar una construcción e interpretación a sus ideas delirantes, una consistencia.

Sobre la subjetividad en la psicosis:

Samara presenta una estructura psicótica, donde el tema de la subjetividad se interroga aquí; si bien se le pregunta por su pasaje al acto, las respuestas van en la vía de una construcción delirante, aun fragmentada en ideas.

Se sabe que en la psicosis los fenómenos elementales y los desencadenamientos como en el pasaje al acto en cualquier estructura, dan cuenta de la ruptura de la cadena significante; aquí, el sujeto no puede representarse en un S1 para un S2, no hay anudamiento posible porque no hay metáfora, por tanto no hay sujeto dividido, atravesado por el significante. El registro simbólico no

da lugar al agujero que le sirva de referencia, sin punto de capitón o almohadillado. El psicótico se queda en la repetición del significante primordial, que retorna en lo real, hay forclusión de lo simbólico.

Por ello no se puede hablar de una posición subjetiva en Samara, en ese decir no hay una representación que permita una consistencia de discurso en el cual ella pueda representarse. No hay un uso de la metáfora.

Aunque en ella emerge una explicación de lo que hace, no como un tomar posición frente a sus actos, ella no se cuestiona por esto, hay respuesta ante ellos, sus actos son formas de tratar el goce invasivo del Otro, hace una construcción interpretativa que le da consistencia a su certeza. Además trata de poner límite a la presencia invasiva del Otro, que en la institución se le torna insoportable, agrediendo o en su partida errática, ella misma lo dice cuando manifiesta que el estar en la calle la hace sentir más tranquila.

Como estructura la psicosis presenta una mayor tendencia al desencadenamiento, hay fragilización del vínculo, por tanto se podría decir, hay mayor tendencia al pasaje al acto, y aunque Lacan dice en el caso Aimée, y sus primeras aproximaciones al pasaje al acto, que este es una salida que el psicótico da para resolver el delirio. En Samara no hay una resolución, apenas una construcción que no alcanza a amarrar un delirio.

Ella intenta, a partir de sus ideas delirantes hacer anudamientos, que no le alcanzan aún para tomar la categoría de suplencia, invención posible de un cuarto nudo que nomine su goce a la manera de sinthome.

7.2. “Rara”: Emma, 16 años

Emma es una joven de 16 años, cursa grado 9° vive con la madre y dos hermanas, es remitida por la coordinadora del colegio porque descubrió cicatrices en el brazo izquierdo de la joven coincidentes con objetos corto punzantes, le propone que la remitirá a psicología, la chica accede a ir.

La coordinadora del colegio ha advertido estas marcas, porque ella las cubre de manera llamativa, son marcas que no deja ver pero que atraen la atención, con una especie de guante para el antebrazo izquierdo, uno solo, pues solo se corta el brazo izquierdo. Ella dice cubrirlas porque sus cicatrices tienen una forma extraña, son muy llamativas, son cicatrices en queloide.

Para los compañeros del colegio y para sus hermanas Emma, es rara. Desde los cinco años sufría una conjuntivitis rara que duró varios años y sin explicación médica, desmayos durante largo tiempo, los médicos nunca lograron dar explicación, sobre todo a los desmayos. Cuando se desmayaba su hermano seis años mayor que ella, la llevaba en brazos hasta la casa. Al principio esto inquietaba mucho a los profesores, sin embargo, dada la reiteración de estos actos “raros”, los profesores dejaron de inquietarse. La familia la retira ese año del colegio, permanece más tiempo al cuidado de los padres, con mucha protección.

Los desmayos recurrentes son raros, donde los médicos nunca encontraron explicación, desmayos que la ausentaban del Otro, ausencias que persisten en la actualidad bajo otra modalidad, sentada en su cuarto “como pensando” pero sin hacerlo, ausente del Otro familiar. A la mamá le preocupa que se corte, la mira, como no lo hace la deja tranquila, no la interpela, no le habla, se va.

Ante la ausencia de explicación médica a los síntomas de la niña, la familia construye una interpretación: “está *ojiada* y además poseída por un espíritu”. Recurren a llevarla a donde curas para que le hagan exorcismos, por la conjuntivitis que duró varios años y los desmayos recurrentes y sin explicación, por lo rara que era Emma. Desde los cinco años y durante aproximadamente 10 años la llevaron a rituales de exorcismos.

Rara, “*ojiada*”, una mirada puesta en ella y que deja un mal de ojo, donde el Otro la quiso para él, es un mal que viene del Otro, “*ojiar*” es un deseo de tener el objeto del Otro.

Puesta como el objeto de la mirada del Otro, objeto raro y poseído, los curas querían extraer eso maligno que la tenía atrapada, extraerle el objeto. Pero ella, también en un intento por tachar a ese Otro que la exorciza, que la obliga a desprenderse del objeto, fantasea la castración del Otro, desde los 6 años pensaba: “qué bueno cortarles la barriga y sacarles las tripas, (a los curas) sobre todo a los que son más gorditos”, es una idea que se le ocurre con frecuencia, aun en la actualidad. Son ellos quienes se le figuraban tan completos, como queriendo arrebatarse el objeto en ella, por eso hay que cortar, castrar.

“Al principio de los exorcismos yo me sacudía, a manera de protesta, lo que decían los curas y mi familia es que en realidad estaba poseída”, ella deja de oponerse y le dicen que ya está curada, la dejan de llevar a este tipo de rituales. Ahí aparecen los cortes, que realiza en repetidas ocasiones, la familia no sabía de los actos de Emma hasta que en una ocasión se corta en el abdomen, se le infecta la cortada, la llevan al médico y se dan cuenta que tiene cicatrices de otros cortes en el antebrazo. Son cortes que se juegan entre lo oculto y lo visible a la mirada del Otro, raro que su familia no se percatara de esto, cuando son cicatrices tan visibles, Emma los ha puesto a la vista ocultándolos, y sin embargo no son vistos, hay un recorte de la mirada del Otro, es un no al Otro.

Emma, abre heridas en su cuerpo, se pregunta ¿qué será lo que me pasa?, se corta en el baño de la casa, ella misma se siente también rara, es rara para los amigos, extraña en sí misma, su expresión es plana, su actitud es frágil, no se logra descifrar; las hermanas le señalan que es rara, que está loca. Tuvo un novio, pero éste la dejó porque le daba miedo de ella, le parecía también rara, le producía miedo.

Cuando la hermana la nombra rara, ella en un impulso, reacciona violentamente, se vuelve contra su hermana y la toma por el cuello, como en actitud de ahorcarla, se le muestra como la rara que es, se la tienen que quitar, es un pasaje al acto, donde Emma cumple el fantasma, el objeto a que es para el Otro.

Al devolverle la pregunta de ¿qué será lo que le pasa? refiere soledad, “me siento sola, con mis amigos no me entiendo”, habla sobre sus conductas de cutting como algo simplemente que hace,

“no tengo ningún problema que me impulse a cortarme... cuando estoy por ahí aburrida, me corto“.

Fue remitida a psiquiatría, para ello debía pasar por un médico general que tramitara la orden, este médico le dijo que ella estaba loca y que iba a terminar matando a la mamá. En ese momento se muestra molesta, con algo de enojo cuando escucha lo que el médico le dice, le resuena “rara”, se siente severamente criticada por él, después de esta respuesta del médico ella se corta.

Alienada al significante que le viene del Otro: ser rara, se empeña en mostrarse como la rara, al mismo tiempo quiere zafarse de ese nombre incómodo que le viene del Otro. Emma es puesta en el lugar de objeto raro a la mirada del Otro, lo que ella muestra a los demás es que ella es rara, identificada en ese lugar de rara.

A sus 16 años aún las ausencias persisten de otra forma, es una quietud silenciosa, se va del lugar en que parece que no está para el Otro, se pierde del campo del Otro, es solitaria, extraviada en su rareza; logra articular: “me corto para aterrizar”, para regresar de la ausencia del Otro. Está entre el ser rara para el Otro, alienada a ese nombre de goce y perderse del campo del Otro, en la circularidad ausencia – presencia, estar y no estar, en la dialéctica de “a – A”, hacer una separación, y aunque en el corte intenta hacerlo, lo que logra es hacerse objeto para el Otro.

No obstante, Emma empieza a poner en palabras algo de su sentir: “me he sentido muy aburrida, no estoy durmiendo bien, me siento muy triste, tengo dificultades del sueño, me despierto en la madrugada y no soy capaz de conciliar el sueño”. Se le indaga por eso que la despierta, lo que la

inquieta y hace irrupción de goce, se invita a hablar, a trabajar sobre eso que la sorprende y la despierta, cada vez logra pequeños avances, “no entiendo porque estoy preocupada”. Hay una pregunta por algo que le pasa, antes ni siquiera se lo interrogaba.

¿Qué de la subjetividad de Emma?

Emma es una chica neurótica que parece no implicarse subjetivamente en sus cortes, y que se considera tienen carácter de paso al acto, se muestra rara para el Otro, algo extraño le pasa, que ella no logra descifrar, no logra exorcizar con la palabra propia, aún no le alcanza para ello, no entiende lo que le pasa, intenta separar ese significante “rara” que la aliena al Otro y hacer un amarre a un S2, a un sentido, pero recurre al corte en el cuerpo y en la cadena significativa, se ausenta, se desconecta del Otro del lenguaje.

Empieza a interrogar su posición extraña y rara, a nombrar un significante que abre posibilidades de anudamiento, aburrida es un significante que le ha permitido nombrar algo de su sentir, es aquí donde da una respuesta de sus cortes, lo hace porque se siente aburrida. Aún faltan palabras para bordear ese vacío, se van abriendo pequeños agujeros subjetivos, donde algo del decir aparece, como en el enojo que deja salir cuando se siente convocada por el médico en ese lugar, ahí pone palabras: “me molesta”. Con sus hermanas la molestia la pone en acto.

Al escucharse nombrada en ese significante rara, al cual ella responde, también habla de lo que siente, se siente molesta, aburrida. Aparece la indeterminación frente al deseo del Otro, no sabe hacer con ese “rara” que le viene como nombre del Otro.

Hay otra salida que ha nombrado a los cortes, cuando dice: “me corto para aterrizar”, esto responde a un complejo entramado en las relaciones entre significante y goce, aun no cernido en su discurso.

La forma como se presenta Emma inicialmente es como alguien que no sabe dar cuenta de lo que le pasa, ausente de sus actos, fue enviada a consulta por los cortes, de los que habla poco; lo que la ha alcanzado a interrogar es la rareza de la que dice es portadora, sobre este significante trata de anudar nuevos significantes y de hacer con eso extraño y casi innombrable que ella es. Una versión de lo femenino con la que aún no sabe cómo hacer.

7.3. “Endiabrado de rabia” Javier, 13 años

Javier, se encuentra en una institución de protección, se hallaba junto con su hermano menor de 11 años ejerciendo labores de “carrito”, esto es, transportar droga ilegal y armas a grupos armados al margen de la ley, distribuía marihuana a otros niños y adolescentes del barrio, así empezó también a consumir.

De reacciones primarias, pulsionales, sin mediación con la palabra, hace que se enfrente violentamente con otros chicos, por ello fue amenazado de muerte por jóvenes de otro bando, por este motivo ingresa a la institución.

Ha tenido varios ingresos a este centro, sin indicios de recuperación en su adicción, tampoco de menguar esa emergencia brusca e intempestiva de su pulsión, no hay razón que pueda detenerlo,

cuando el Otro le saca la rabia, Javier es un sujeto en urgencia permanente. Así, en un momento en que se comparte algunos espacios institucionales, ante la mirada de otro joven que sintió perturbadora, y como atraído por este, se le tira violentamente y lo golpea, dice: “me miraba como una basura, hasta que exploté, le pegué, tiré sillas, dañe todo y después me subí a la terraza y me iba a volar, estaba como endiablado de rabia”.

Aún excedido, sin control, y así agitado es llevado de manera urgente al servicio de psicología; ante lo pulsional desbordado Javier tiene la posibilidad de hablar de ello, de darle rienda suelta ya a la palabra y cernir ese real del cual se siente poseído, allí logra darle un nombre de goce a su acto: “endiablado”, y así dice “sentí que el cuerpo se me movió solo, no aguanté, y le pegué, sentí que ese chino me pegó y el cuerpo respondió de más, no aguanté, me estaba mirando..., yo mandé cascar al hermanito... y el me reconoció”. Es un cuerpo erotizado por la mirada, que lo enloquece, lo sacude de manera fantasmática, es él quien se siente golpeado, rápidamente saca una conclusión de esa mirada: él es un objeto basura, emerge un *a* que angustia y que este sujeto resuelve con el pasaje al acto.

Es particular en Javier estar como en una urgencia permanente, con un cuerpo embrollado con la pulsión apremiante, que urge por satisfacerse; con significantes trata de localizar ese goce loco, las palabras lo van pacificando, le permiten exorcizar ese desborde pulsional, frente a lo que está excedido, sin control, así narra lo sucedido: “me estoy sintiendo así con ganas de *peliar*, estoy desquitando toda la rabia que tengo con él. Me miraba y me miraba, no me quitaba la mirada de encima, yo me levanto, me siento alterado, estoy hasta temblando”.

Lo que antes fue un desborde puesto en acto, ahora aparece como una fuga de palabras: “tengo rabia porque quiero estar con mi hermano, tengo varias rabias, ese niño no deja de sufrir por mí, le pone quejas a las profes, siempre sufre por la vida mía” .Javier se muestra como un sujeto confrontado con la angustia, con el real de la mirada que le revela algo de su ser, confrontado con el agujero, responde como objeto basura: “aquí me siento tan vacío... ya no sé cuál es la forma de como distraer *izque* el tiempo, al único que tengo aquí es a mi hermanito, tengo rabia de estar separado de mi familia”. En la calle distraía el tiempo consumiendo marihuana, aquí no sabe qué hacer con él, le angustia, lo vacía de sentido.

No es un adolescente que pase desapercibido, siempre está involucrándose en pequeñas riñas, siempre sacando sus rabias; constantemente él mismo busca el espacio del servicio de psicología, el desborde angustioso lo obliga a tomar la palabra, a implicarse en ella y decir lo que le pasa por ese cuerpo pulsional sin control, sabe que sus actos no se quedan en meros actos, esto lo implica en la medida en que él es un *endiablado de rabia*, y responde también ante el control, cuando el Otro lo toma, lo atrapa: “Lo que me provocó rabia cuando me bajaron de la terraza, el profe me cogió y me llevó, cogí una silla y la tiré, el *pro* me tiró al piso... yo no sé, a mí me decían que yo me iba a volver loco...usted me manda un manotazo y con eso tengo *pa'* demandarlo, le dije al *pro*”.

Es el modo de responder de Javier a los enigmas del Otro, sin otra identificación que el objeto basura, de manera intempestiva, con un cuerpo en desorden que no controla, él es un *endiablado de rabia*, en una respuesta fantasmática de lo que él es para el Otro. Sin embargo, anuda algunos significantes de lo que irrumpe en él: “tumbé los camarotes, tenía tanta rabia que sentí el cuerpo

endiablado, sentía la cabeza caliente y un pitico en los oídos. Me pasaron *pa'* la sesión femenina, *pa'* ver si me calmaba. Cuando me puse a pelear sentí unos chuzones, tres en la cabeza, ahí el cuerpo se me movió solo. En este momento tengo dolor de cabeza, casi todos los días me coge muy fuerte y la cabeza se me pone como para explotar”.

Javier es proclive al pasaje al acto, al apresuramiento por resolver su angustia en el no pensar, así habla también del acto del consumo, la osadía que lo lleva a depender de la marihuana, en un goce mortífero, autoerótico, consume para soportar el miedo que le produce la violencia social que se vive cotidianamente en su barrio: “¿Sabe por qué nosotros consumimos tanto? Porque estábamos en guerra y uno no podía estar así sin consumir, consumíamos por soportar y a la vez porque queríamos, cogíamos de lo que teníamos que vender y comenzamos a consumir y cuando consumíamos tanto ya ni sentíamos las balas, estábamos en la guerra tranquilamente...”se pone en el lugar de un sujeto decidido por hacerse objeto basura, y con la determinación de un no querer saber: “cuando yo consumía no me daba tiempo de nada, si uno fuma marihuana el día se le va de una, el tiempo se le va rápido, nos quedábamos pernotando con radios y todo, y dábamos aviso de cualquier movimiento, no había miedo, no había nada”.

Al enfrentarse con el agujero se tira al abismo, ubicándose en el lugar de resto para el Otro: “Mamá decía: sálganse de ese abismo que todavía hay tiempo y nos decía que éramos la desilusión de la casa, y es la pura verdad, eso no me daba rabia, por eso, porque es verdad”. Con esa marca que el viene del Otro materno no pelea, está de acuerdo con el lugar que le otorga, por eso se lanza al abismo sin pensarlo.

Algo más de su subjetividad:

Javier muestra su singularidad en una doble vía, tan proclive al acto como a la palabra, es un joven con una angustia desmedida, de estructura neurótica, habla de manera metaforizada del cuerpo loco y poseído por el significante, no como una certeza.

En posición de demanda permanente, este sujeto muestra su disposición a hablar de lo que le pasa, el establecimiento de la transferencia lo facilita. Sus actos lo cuestionan, lo implican, y por eso es capaz de anudar eso que irrumpe en su cuerpo y encadenar significantes tales como: endiablado y rabia, en una combinación que le sirve para representarse ante el Otro del lenguaje, significantes que por sí solos no dicen nada, es en su discurso donde él logra darles una significación y hablar de lo que lo desborda, de la rabia, de la mirada a la que también le otorga una significación. Utiliza la palabra como medio para sosegar, y con ella la verdad se le sale, lo devela en su fantasma.

7.4.Comentarios generales

En los casos expuestos se plantean condiciones del acto que se presumen están del lado del pasaje al acto, por su carácter irruptivo, desmedido, y que deja al sujeto en la caída, “como un proceder psíquico que viene al lugar del advenimiento de angustia”(Dartiguelongue, 2012, pág. 110), pasar al acto es un recurso que ayuda a aliviar el efecto de angustia, aunque sea en la caída y respondiendo en el lugar de objeto.

Estos pasajes al acto se presentan como un desencadenamiento, un corte en la cadena significativa, es un desencadenamiento de la estructura, sea neurótica o psicótica. No obstante, en la psicosis el recurso simbólico no opera, hay ausencia de un punto de anudamiento o acolchado entre el significante y el significado, el psicótico no puede tomar un lugar con relación al aparato del lenguaje, por lo que no habita el lenguaje, es habitado por él, el lenguaje es un aparato exterior a él que habla solo, y habla de él o le habla a él. Este desamarre en la psicosis obliga a otras maniobras clínicas para que el sujeto pueda volver a estabilizar la estructura.

En la neurosis, en el pasaje al acto se manifiesta la ruptura de la cadena significativa, con la diferencia de que el sujeto cuenta con el recurso simbólico para anudar nuevamente los significantes y darle borde a eso que se excedió de más de su goce, esto permite hacer un tratamiento simbólico de ese real desbordado en lo imaginario, cerniendo ese objeto real que ha empujado al acto.

El efecto subjetivo en el pasaje al acto, lo plantea Dartiguelongue como un antes que antecedió la precipitación que impulsó al sujeto con un efecto desencadenante, lo que deviene como rechazo, desalojo del Otro. El pasaje al acto dice tiene efectos en la condición del sujeto, en tanto los ubica en una “dimensión residual a la que se ven convocados los sujetos”(2012, pág. 124), esto a la vez constituye una función del sujeto, que “no se agota como sujeto dividido, existe una dimensión del sujeto como objeto a, que a su vez implica muchos y distintos aspectos. Entre ellos el sujeto puede quedar en posición de objeto para el Otro, pero en su aspecto más aborrecible”(2012, pág. 124).

El caer como sujeto y ubicarse en lugar de objeto es una respuesta también del sujeto, que “constituye un efecto subjetivo del que el sujeto tendrá que recuperarse” (Dartiguelongue, 2012, pág. 125). De lo que se trata es de significantizar el acto, encadenar, anudar, y reanudar la estructura.

En los casos presentados, se trata de actos sin control que no cumplen la función de hablarle al Otro, ni de ofrecerse a la mirada del Otro, es más una respuesta en lugar de objeto, un rechazo del sujeto del inconsciente, cuyo desencadenante ha incluido al Otro previamente, de manera singular en cada uno de estos casos.

Es de destacar que en el caso de Samara, ella no busca el espacio de psicología, ella es enviada por el Otro institucional para que apacigüe su malestar, en un momento fecundo de su enfermedad, allí logra dar cuenta de algunas de sus ideas delirantes. Para el caso de Emma, tampoco es ella quien se le ocurra buscar el espacio para interrogarse por su posición en el mundo, sin embargo poco a poco se deja tocar por la transferencia y por el dispositivo, lo cual empieza a hacerle llamado de tomar posición frente a sus actos. Javier por el contrario, es un joven que su angustia lo rebasa y lo pone a hablar, a tomar una posición frente a su desborde de goce, él puede acceder a la palabra que amarra el significante y recortar goce en su actuar.

Es pertinente interrogar estos pasajes al acto no solo como un fenómeno, sino en el lugar del sujeto caído, así el sujeto queda por fuera, arrojado por el Otro, donde el sujeto se adelanta a la respuesta de lo que es para el Otro y trata de aliviar la angustia, algo que los excede. Así también no parece que quisieran reubicarse frente al Otro con una pregunta por el deseo, sino más bien una

respuesta en el lugar de resto: rara en el caso de Emma o basura en el de Javier. Para Samara ella esta desterrada del lugar del Otro.

En los tres casos la relación al Otro trae consigo avatares y en particular en su dimensión de goce, que independiente de la estructura implica al sujeto, en los dos casos de neurosis existe la posibilidad de implicarse subjetivamente, en tanto se pueden apropiar del lenguaje y la capacidad de discurso para responder por su deseo. En la psicosis es la demanda del Otro gozador que viene en el lugar de una falta, lo que provoca la respuesta por la vía del goce, de ahí los brotes agresivos en momentos de angustia respondiendo de manera radical como lo muestra el caso de Samara.

Entendemos que el psicótico está más directamente afectado por el Otro que la neurosis, expuesto a la voluntad de goce y no a su deseo como en la neurosis. En la psicosis el desencadenamiento es una ruptura de la cadena significantes, que no se anuda y queda el sujeto expuesto a lo real. En los pasajes al acto neuróticos se podría plantear son pequeños momentos de ruptura similares al desencadenamiento. No obstante, el sujeto requiere de la estructura psíquica para hacerle frente al goce, por ello en la neurosis se tiene la posibilidad de hacerle frente a lo que se rompe, a la falta y hacer algo con lo imposible de la relación al Otro.

8. CONCLUSIONES

Implicaciones subjetivas de los pasajes al acto en adolescentes, fue una pregunta que tomó tiempo y rodeo para poder formularla ¿qué de la subjetividad puede emerger de un pasaje al acto que se presenta como urgencia en adolescentes? fue necesario rectificar e introducir el a posteriori, el apré coup, en tanto se hizo una apuesta por el sujeto en la urgencia.

En un primer momento que podría nombrarse como un *instante de la mirada*, se produjo el encuentro con el fenómeno, esas irrupciones intempestivas de los adolescentes que pusieron en cuestión una práctica clínica y un dispositivo por saber cómo abordar aquello que se presentaba con tanto desborde. De ahí surgió la pregunta y por tanto el planteamiento de una metodología que sirvió de brújula en el trasegar de esta investigación.

En una temporalidad necesaria, se propuso anudar algunos conceptos fundamentales para este propósito, en un *tiempo para comprender*, que diera lugar al acercamiento al fenómeno, una suspensión importante para detenerse en elaboraciones que este recorrido posibilitó, así se introdujo inicialmente la inquietud por la urgencia subjetiva, con la inevitable cuestión por el sujeto en el acto. Se fueron anudando conceptos que se emparentaban con la urgencia subjetiva, como subjetividad, trauma y angustia, tratando de recabar en el fenómeno del acto, esto abrió la antesala para abordar las categorías de acting out y pasaje al acto.

Se aproxima ahora el *momento de concluir*, que implica a su vez el tiempo de comprensión. De todo este recorrido y ante la comprensión de lo que la urgencia se trata: entendida como dispositivo y como demanda. Como dispositivo se hizo uso de éste como una nueva forma de la clínica, estrategias que se ponen en juego tanto del lado del sujeto como de quien las acoge (Sotelo, 2005), instalando un lugar, un tiempo y una práctica que compelia a ello. Como demanda, el concepto se transformó en el de acto, en tanto acting out y pasaje al acto son formas de presentarse la urgencia y ésta una manera contemporánea de nombrar la angustia.

De ahí que la investigación se desprende del significante urgencia para centrarse en la implicación subjetiva; se introduce el decir del sujeto que ha pasado al acto, sujeto en tanto dividido y atravesado por la angustia, concibiendo que es posible subjetivar un pasaje al acto que de entrada está amarrado a lo pulsional, al goce.

No obstante, y antes de abandonar la urgencia se interrogó la adolescencia como pasaje de la infancia a la adultez, tránsito que trae consigo una eclosión pulsional y obliga al sujeto a un trabajo psíquico de re-anudamiento de la estructura, fragilizada por el embrollo entre pulsión, real, cuerpo y angustia; el sujeto adolescente se las tiene que ver con lo real, verificar el fantasma y hacer un nuevo uso de este, esto es, reubicar la causa del deseo, producir un amarre del objeto a con la significación fálica y así tomar una posición respecto a la sexuación. Todo un movimiento psíquico que no es sin angustia, sin crisis, expuestos a la proclividad del acto.

De esta manera, el propósito planteado desde el principio: la implicación del sujeto adolescente en el pasaje al acto, hace que se plantee la angustia como aquella que se anuda al fantasma, estructura fundamental que vela el vacío que el objeto representa.

El fantasma tiene una funcionalidad, le sirve al sujeto de punto de anclaje para no ser errante en la cadena significante, y moverse dentro de unos límites, marcas significantes otorgadas por el Otro. Es una construcción ficcional que cubre la brecha que existe entre el sujeto y lo real. El fantasma opera en tanto logra cubrir, ponerle un velo al objeto y hacerse el soporte del deseo. De allí que se entienda el fantasma como una defensa del sujeto contra lo real.

En el pasaje al acto el sujeto atraviesa salvajemente ese fantasma, se queda sin velo, el sujeto cae, identificándose al objeto, ya el fantasma no es el soporte del deseo sino el desborde de un goce. En el pasaje al acto se rasgan las vestiduras del sujeto, quedando el objeto a la luz, como verdad develada, un algo ominoso que confronta al sujeto con ese pequeño a, un objeto que habla de la verdad del sujeto y que anuncia la relación de este con lo real y lo traumático constitutivo, con el vacío.

Se produce un corte, aquí se encontró una paradoja, pues es el corte lo que inaugura el nacimiento del sujeto, enfrenta al sujeto a lo traumático, a esa separación fundante que es separarse del Otro, no sin antes haberse alienado a los significantes que vienen de este. Quedó establecido el sujeto dividido y representado en la cadena significante; operación que deja un resto que se pierde por efecto del corte, pero a la vez anuda real, simbólico e imaginario, resto ubicado precisamente en el lugar del vacío.

En el pasaje al acto aparece el corte en la cadena significante, haciendo que el sujeto se borre en una separación radical con el Otro del lenguaje. Cuando lo real se desborda sobre lo imaginario aparece la angustia, una presencia insoportable de lo real, lo ominoso que confronta al sujeto con el objeto, el sujeto se ve obligado a resolver su angustia, por eso pasa al acto, en un tiempo apresurado que precipita la respuesta del sujeto frente al Otro, en ese momento el sujeto no cuenta con el recurso simbólico que anude, este se ha roto. Lo que emerge es un desborde de goce que ha escapado a la significantización.

Que los pasajes al acto se presenten de una manera u otra tiene consecuencias para los sujetos, es cómo el sujeto en su singularidad pone en el banquillo al Otro y lo destituye de manera brutal, destituyéndose como sujeto también y poniendo el objeto a en un movimiento circular entre el sujeto y el campo del Otro, hasta que cae. Así, el material clínico que se trajo fue uno de los puntos esclarecedores y de transmisión de un saber, indicaron singularidades del sujeto en el pasaje al acto, solo en el uno por uno es posible verificar la subjetividad.

El trabajo del sujeto adolescente es reinventar un nuevo uso del fantasma, que le sirva para operar frente al vacío, poder hacer un arreglo con el Otro, poder moverse entre sujeto y objeto, no quedarse en la caída, que el sujeto se vea obligado a tomar la palabra, se represente no solo en su acto, sino en su decir, de esta manera se puede hacer un pasaje de la infancia a la vida adulta que tenga efecto de un antes y un después.

Así, para que emergiera el sujeto fue preciso hacer un nuevo nudo, re-anudar el significante y hacerlo emerger en esta cadena, es en el a posteriori donde el sujeto puede implicarse en su acto,

que el sujeto encuentre el recurso simbólico, si su estructura se lo permite, o que pueda hacer una invención posible para canalizar el goce que se ha desbordado en el pasaje al acto.

Se intuye además una diferencia en la representación del Otro en la neurosis y en la psicosis, referente al pasaje al acto, mientras que en la neurosis el pasaje al acto se da para salir de la indeterminación del Otro, en tanto no se sabe que se es para el Otro, en la psicosis por el contrario es una respuesta que introduce la certeza de que “soy eso”, además se presenta como una tentativa a enmudecer el padecimiento en exceso, una extracción de goce, el pasaje al acto se presenta como una solución, en el sentido de buscar una separación del Otro.

El resto que queda: lo no dicho

Queda un resto por decir, efecto de este corte, la investigación tiene un límite temporal puesto por la institución universitaria, y un límite que se inscribe en la lógica del no todo, ¿qué hacer con lo que queda de resto? Este no dicho, por supuesto invita a seguir trabajando en torno a preguntas que se desprenden de este trabajo:

- Entendido el pasaje al acto como un corte de la cadena significativa, que en el a posteriori se pueden leer los efectos en el sujeto, el estatuto del acto en psicoanálisis como atravesando al sujeto en un corte, en un antes y un después, y el acto analítico, como proponiéndose un corte en el sujeto y un efecto en este, es posible pensar ¿todo corte es un acto? ¿el acto analítico tiene la forma de un pasaje al acto?, estando en el marco del dispositivo clínico, ¿implica al sujeto en el corte y deja caer el objeto *a*?

- ¿Qué lugar dar a la implicación subjetiva del pasaje al acto en adolescentes que presentan estructura psicótica?, si en el abordaje en esta investigación se puso en cuestión la categoría de la adolescencia en la psicosis, además de la subjetividad, puesto que en esta estructura no hay construcción ficcional del fantasma, el recurso simbólico es fragilizado, no hay amarre desde la significación fálica, ¿qué salida posible para los pasajes al acto en la psicosis? Aunque hay algunos intentos que se aproximan a responder, no es suficiente.

9. BIBLIOGRAFÍA

- Alberti, S. (2010). El acto en psicoanálisis. En G. Gómez, *Acto, pasaje al acto y acting out en psicoanálisis* (págs. 15-33). Bogotá: Colección temas cruciales.
- Alberti, S. (2006). El Adolescente, el discurso del amo (del maestro?) y el discurso del analista. En G. Gómez, *De la infancia a la adolescencia, temas cruciales*. Bogotá: Prisma Asociados.
- Bárcena, P. M. (10 de Agosto de 2014). *Diccionario Etimológico*.
- Belaga, G. (2005). *La urgencia generalizada 2. Ciencia, política y clínica dle trauma*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Belaga, G. (2004). La urgencia generalizada, la practica en el hospital. En C. Guillermo Belaga, *La Urgencia Generalizada la práctica en el hospital*. Buenos Aires: Grama.
- Berenguer, E. (11 de 01 de 2013). *Blog, Nueva Escuela Lacaniana, Medellin*. Obtenido de Cómo se cosntruye un caso clínico.
- Dafuncho, N. S. (2008). *Inhibición, sintoma, angustia: hacia un aclínica nodal de las neurosis*. Salvador, Bahia: Del Bucle.
- Dartiguelongue, J. (2012). *El sujeto y los cortes ene l cuerpo: para una clínica de la autoincisión*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Esque, X. (Febrero de 2005). *NODVS*. Obtenido de L'aperiodic virtual de la secció clinica de Barcelona.
- Etel, S. (2013). Pubertades Cíclicas. *El Caldero de la escuela* , 33.
- Freud, S. (1925). *Obras Completas, Inhibición, sintoma y angustia*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1992). *Obras Completas, tomo I, Fragmenteos de la correspondencia con Fliess, Las neurosis de defensa*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1892). *Obras Completas, tomo I, fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito E*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1895). *Obras Completas, tomo I, Proyecto de psicología para neurólogos*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1893). *Obras Completas, tomo II, Esudios sobre la histeria*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905). *Obras Completas, tomo VII, Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1910). *Obras Completas, Tomo XI, Escritos Breves, contribuciones para un debate sibre el suicidio*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914). *Obras Completas, tomo XII, Recordar, repetir, elaborar*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914). *Obras Completas, Tomo XIII, Sobre la psicología del colegial*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915). *Obras Completas, Tomo XIV, Lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915). *Obras Completas, tomo XIV, Pulsiones y destinos de pulsión*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1916). *Obras Completas, tomo XVI, Conferencia 25, La angustia*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1919). *Obras Completas, tomo XVII, Lo Ominoso*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1920). *Obras Completas, tomo XVIII, Más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1922). *Obras Completas, Tomo XVIII, Psicoanálisis y teoría de la libido*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1920). *Obras Completas, tomo XVIII, sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1937). *Obras Completas, tomo XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1938). *Obras completas, tomo XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1937). *Obras Completas, tomo XXIII Análisis terminable e intremirable*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goldber, S. (2013). Pubertad, camino a la sexualidad. *El caldero de la escuela*, 35.

Horne, B. (2006). Clínica de la angustia. *Logos 4*.

Izcovich, L. (2006). Adolescencia y Saber, de la infancia a la adolescencia. En G. Gómez, *De la infancia a la adolescencia: temas cruciales*. Bogotá: Prisma Asociados.

Lacan, J. (1953). Algunas reflexiones sobre el yo. *Uno por Uno*, 11-17.

Lacan, J. (2009). *Del sujeto pr fin cuestionado, en Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1953). Discurso de Roma. En J. Lacan, *Otros Escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2009). *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1945). *Escritos 1, El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1953). *Escritos 1, Función y campo de la palabra y del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1966). *Escritos 1. Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la verneinung de Freud*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1958). *Escritos 2, Juventud de Gide o la letra y el deseo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Lacan, J. (1958). *Escritos 2, La significacion del Falo*. Buenos Aires: Siglo XXI .
- Lacan, J. (1966). *Escritos 2. La ciencia y la Verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1960). *Escritos 2. Subversipon del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1946). *Esritos 1. Acerca de la causalidad psíquica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1974). *R.S.I.* Buenos Aires.
- Lacan, J. (1963). *Seminario 10 Bis, los nombres del padre*. Buenos Aires: Inedito.
- Lacan, J. (1962). *Seminario 10, La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). *Seminario 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966). *Seminario 14, la lógica del fantasma*. Inédito.
- Lacan, J. (1975). *Seminario 23, el Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1955). *Seminario 3, La Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, E. (2003). Fantasma y sexuación en la pubertad. *Despertares, clínica con adolescentes* , 91.
- Lemoine-Luccioni, E. (1980). *El Grito, el sueño del cosmonauta*. Buenos Aires: Paidós.
- Lombardi, G. (2010). Tres formas de la angustia. una contribucion de la clínica a la ética psicoanalítica. En G. Gómez, *Acto, pasaje al actoy acting out en psicoanálisis* (pág. 182). Bogotá: Mavarac.
- Miller, J. A. (2010). *Los usos del lapso*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. A. (20 de 12 de 2012). *nel-medellin.org*.
- Muñoz, P. D. (2009). *La invención lacaniana de pasaje al acto*. Buenos Aires: Manantial.
- Rank, O. (1961). *El trauma del nacimiento*. Buenos Aires: Paidós.

Recalde, M. (2008). *Púberes y Adolescentes*. Buenos Aires: Paidós.

Seldes, R. (2008). Padres de púberes, una urgencia particular. En M. Ricalde, *Púberes y Adolescentes*. Buenos Aires: Gramma.

Sotelo, I. (2005). La admisión, la construcción de un espacio. En I. Sotelo, *Tiempos de urgencia: estrategias del sujeto, estrategias del analista* (pág. 118). Buenos Aires: JCE Ediciones.

Stevens, A. (2001). *La clínica de la infancia y la adolescencia, centro de investigación y estudios clínicos*. Buenos Aires: Colección Grulla.

Tizio, H. (2008). *Púberes y adolescentes, estudios lacanianos*. Buenos Aires: Gramma.

Trobas, G. (2002). Tres respuestas del sujeto ante la agustia. *Logos* .

Trobas, G. (2002). Tres respuestas del sujeto ante la angustia. *Logos* .

Valentini, R. (2011). *Etimologías*. Obtenido de Mundo Adolescnete, rasgosen la postmodernidad.

Zambrano, M. (2011). *Claros del Bosque*. Madrid: Catedra letras hispánicas.